

COLECCIÓN
PRE-TEXTOS



UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

CONEJO MUERTO

y otros relatos



CONEJO MUERTO y otros relatos



UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Lozada Ávila, Jonathann Hadher

Conejo muerto: cuentos y poemas / Jonathann Hadher Lozada Ávila, Carlos César Briceño Ramírez, Angie Carolina Ríos Riaño, Sonia Mancera Hernández, Diego Fernando Aldana, Camila Andrea Contreras Quintero, María Fernanda Valbuena Martín, Raúl Alexander Murcia, Justine Valentina Baez, Erika Daniela Orozco Gómez y Katty Dayanna Valencia Banguera; editado por Raúl Alexander Murcia Barón. – Bogotá: Universidad Católica de Colombia, 2019

92 páginas. – (colección Pre-textos; no. 2)

ISBN: 978-958-5456-87-7 (impreso)

ISBN: 978-958-5456-88-4 (digital)

I. Título .II. Serie III. Briceño Ramírez, Carlos IV. Hernández, Sonia Mancera V. Aldana, Diego Fernando, VI. Contreras Quintero, Camila Andrea VII. Valbuena Martín, María Fernanda VIII. Murcia, Raúl Alexander IX. Baez, Justine Valentina X. Orozco Gómez, Erika Daniela XI. Valencia Banguera, Katty Dayanna

1. Cuentos Colombianos 2. Literatura Colombiana

Dewey 863.3861 SCDD ed. 21

- © Universidad Católica de Colombia
- © Raúl Alexander Murcia Barón (Editor)
- © Jonathann Hadher Lozada Ávila
- © Carlos César Briceño Ramírez
- © Angie Carolina Ríos Riaño
- © Sonia Mancera Hernández
- © Diego Fernando Aldana
- © Camila Andrea Contreras Quintero
- © María Fernanda Valbuena Martín
- © Justine Valentina Baez
- © Erika Daniela Orozco Gómez
- © Katty Dayanna Valencia Banguera

Primera edición, Bogotá, D. C.
Junio de 2019

Dirección editorial

Stella Valbuena García

Coordinación editorial

María Paula Godoy Casasbuenas

Diseño y diagramación

Juanita Isaza Merchán

Ilustraciones

Nohora Stella Torres Mesa

Publicación digital

Hipertexto Ltda.

www.hipertexto.com.co

Bogotá, D. C., Colombia

Impresión

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.

Bogotá, D. C., Colombia

Bienestar Universitario

Diagonal 46 A # 15B-10

Sede El Claustro

bienestar@ucatolica.edu.co

Editorial

Av. Caracas # 46-72, piso 5

editorial@ucatolica.edu.co

www.ucatolica.edu.co

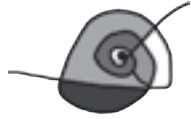
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo del editor.

Hecho el depósito legal

© Derechos reservados

Impreso y hecho en Colombia

CONTENIDO



PRÓLOGO 5

CUENTOS

CONEJO MUERTO 11

JONATHANN HADHER LOZADA ÁVILA
Facultad de Arquitectura

EL ETERNO RETORNO:
UN VIAJE DE LA CORDURA A LA DEMENCIA 15

CARLOS CÉSAR BRICEÑO RAMÍREZ
Facultad de Psicología

LA ANTIGUA FUNZA: EL NIDO DE
LA MÁS BELLA HISTORIA DE AMOR 23

ANGIE CAROLINA RÍOS RIAÑO
Facultad de Psicología

LA TIENDA DE LA NOSTALGIA 39

SONIA MANCERA HERNÁNDEZ
Facultad de Derecho

EL DÍA EN QUE SUCUMBIÓ
LA ÚLTIMA ESPERANZA DE LIBERTAD 45

DIEGO FERNANDO ALDANA
Facultad de Derecho

CONTEMPLACIONES FINALES 57

CAMILA ANDREA CONTRERAS QUINTERO
Facultad de Psicología

PASILLOS 63

MARÍA FERNANDA VALBUENA MARTÍN
Facultad de Psicología

EL MAR Y SU SOMBRA 71

RAÚL ALEXANDER MURCIA BARÓN
Dirección de Bienestar Universitario

POEMAS

AJENJO 75

JUSTINE VALENTINA BÁEZ
Facultad de Derecho

POEMAS DE AMOR 79

ERIKA DANIELA OROZCO GÓMEZ
Facultad de Derecho

TEJIDOS DEL ALMA 85

KATTY DAYANNA VALENCIA BANGUERA
Facultad de Derecho

PRÓLOGO

En uno de los últimos libros publicados por Ernesto Sábato se traía a colación, a propósito de la estrecha relación de este autor con Albert Camus, la inconveniencia de publicar incesantemente textos literarios. ¿Cuál era el fundamento de la poco desarrollada crítica de Sábato? El autor nos ofrece en su texto una indicación: la prolificidad conduce irremediablemente a una pérdida del valor de la palabra. El blanco de las críticas de Sábato es tanto el escritor profesional prolífico como el escritor aficionado que, en aras de ganar renombre o de dar a conocer su obra, se sumerge en el siempre elástico mundo editorial.

Sin duda, podemos hallar en la actualidad cientos de libros y publicaciones digitales que justificarían de un modo u otro la censura del escritor argentino. No obstante, habría que preguntarnos, oponiéndonos un poco a su postura, si solo los hombres destinados a una misión superior, como él mismo los llama, merecen poner a circular sus pensamientos, su prosa y su poética en una publicación formal. Además, deberíamos entrar a determinar un aspecto mucho más esencial: ¿cómo se construye el valor de la palabra?

A la visión del artista genio, no solo como individuo dotado de una particular capacidad técnica, sino como hombre creador de valor y, en cuanto tal, hombre capaz de imponer o liberar el discurso, habría que contraponerle la idea de una redistribución del poder discursivo y de la experiencia creadora, un reordenamiento tal que reacomodara la desigual relación de poder mencionada por Sábato.

Vale la pena mencionar una razón de corte político-estético que, a mi juicio, apoyaría esta subversión del *statu quo* creador moderno. Es innegable que la riqueza subjetiva de la época actual va siempre atada a interpretaciones y visiones de mundo. Cómo no apreciar, por ejemplo, los innumerables puntos de vista que se han formado los jóvenes estudiantes sobre el conflicto armado colombiano.

Desde esta perspectiva, resulta más que justificado no solo visibilizar las voces de todos los miembros de una comunidad política, sino promover en todos ellos un espíritu transformador de valor en el que el lenguaje siga su curso natural: ampliar el sentido de las palabras para re-conocer el mundo circundante. ¿No es esta una forma fundamental de autoconocimiento individual y colectivo?; por otro lado, ¿no ha sido una costumbre empobrecedora para los países latinoamericanos silenciar las voces de los jóvenes, de las víctimas y de los marginados?; ¿no es la palabra poética la voz más auténtica de todos ellos?; ¿no ha sido justamente la literatura, de mayor o menor calidad técnica, la encargada de dar voz a los oprimidos?

En virtud de lo anterior, quisiera resaltar que la presente publicación recoge no solo la exteriorización de las inquietudes artísticas de la comunidad universitaria, sino una decena de interpretaciones del acontecer cotidiano y de las experiencias metafísicas y estéticas de los estudiantes; interpretaciones que, seguramente, contribuirán a consolidar una construcción subjetiva y permitirán a los lectores ahondar en los nuevos modos de ser y de pensar de toda una época. ¿No podría la palabra misma ganar valor en cada juego interpretativo entre escritor y lector, en cada conversación, en cada acto comunicativo?

Dejando abierta la pregunta, y sin más preámbulo, resumo brevemente lo que el lector podrá hallar en esta segunda entrega de la colección *Pre-textos* titulada *Conejo muerto*. El relato corto que da nombre a la colección es de una altísima calidad técnica. En él, el autor desarrolla una historia sobre la infidelidad. El eje argumentativo está construido cuidadosamente a partir de fragmentos de pensamientos y conversaciones. En esta propuesta narrativa, el autor ofrece un panorama convincente y profundo sobre el discurrir psicológico-afectivo de los personajes.

El segundo texto es un relato psicológico, con una estructura narrativa sólida, sobre la vida de dos amigos universitarios que salen de la ciudad para asistir a una fiesta desenfadada. Una vez abandonan la fiesta, los dos personajes se sumergen en una situación excéntrica y oscura que resulta decisiva para la vida de ambos. *El eterno retorno*, como se titula este relato, es un particular cuento de terror, si se me permite encasillarlo en este género, que combina muy bien lo intelectual y lo sentimental y que logra conectar al lector desde las primeras líneas.

El tercer relato, ganador del premio “Cuéntanos tu cuento Funza 2018”, recupera nostálgicamente los espacios vitales de los habitantes de la Funza de antaño. La autora muestra, con nombre propio, una representación de diversos lugares sociales olvidados que marcaron la vida de decenas de personas, pues en ellos se enamoraron, lucharon y vivieron.

El siguiente texto nos incita a pensar en cómo nos construimos a través de los objetos, sobre el valor que, en el transcurso de nuestras historias personales, le vamos atribuyendo a la materia. No menos importante resulta ser, en este nostálgico relato, la conexión entre materia e historia, la materia atrapada

en la forma que, a lo largo de la historia, va creando relaciones de sentido, emociones, va marcando vidas.

El cuento titulado *El día en que sucumbió la última esperanza de libertad* nos sumerge en los disturbios ocurridos en Bogotá en 1948: el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Allí se narra la historia de un joven investigador que, en aras de cubrir una conferencia académica, llega a Bogotá en el preciso momento en que ocurre la muerte del caudillo liberal.

Contemplaciones finales nos narra la vida de Sophie, una mujer de 80 años víctima del holocausto Nazi. Las inefables vicisitudes ocurridas dentro del campo de concentración llevan a la protagonista a tomar una decisión crítica en la que pone en riesgo su propia vida.

Dos historias más cierran la sección narrativa de esta publicación. En primer lugar, el texto *Pasillos*, una propuesta narrativa difícil de clasificar, es un texto limítrofe, una frontera entre la poesía y la narrativa. *Pasillos* acude a una mirada retrospectiva, íntima y psicológica, para hablar de la experiencia estética en la que consiste el amor. En segundo lugar, un texto de mi autoría: *El mar y su sombra*, cuento finalista del Concurso Nacional de Minicuento *Rodrigo Díaz Castañeda* (2015). El texto busca mostrar la insignificancia de lo cotidiano y la posibilidad de una conexión estética con la muerte mediante un solo personaje, Alirio, quien, aparentemente cansado de su vida de trabajador, decide viajar a un lugar remoto cerca al mar.

Tres breves poemarios aparecen incluidos al final de este volumen: *Ajenjo*, *Poemas de amor* y *Tejidos del alma*. Es llamativo que las tres composiciones poéticas giran en torno a un solo

tema: el amor. Todas ellas aparecen como un juego de espejos en el que cada reflejo nos conduce a una mirada reflexiva, compleja e incluso esotérica, sobre la experiencia, muchas veces simultánea, de amar y olvidar.

Para terminar esta breve introducción, solo cabe recordar una vez más que el presente volumen reúne el trabajo de los estudiantes de la electiva “El arte de escribir y la creación de mundos” y el “Taller de creación narrativa”. Dos espacios académicos gestados y dispuestos por la Dirección de Bienestar Universitario de la Universidad Católica de Colombia para el análisis de textos literarios y la revisión de las herramientas del lenguaje, que, mediante una pedagogía experiencial, buscan promover el ejercicio de la escritura creativa en la comunidad académica.

Agradezco también, una vez más, al comprometido equipo de Bienestar de la Universidad: Liliam Santamaría, Víctor Díaz y Fernando Augusto Montejó; por su inagotable empeño por consolidar nuevas rutas de aprendizaje para los estudiantes, pues, a decir verdad, la electiva y el taller forman parte de todo un engranaje creativo propuesto por el Departamento en el que se incluyen otras artes como la danza y el teatro.

Invito al lector a que use la siguiente colección de textos para comprender las nuevas subjetividades juveniles, para escuchar las voces de un grupo de estudiantes con una alta sensibilidad estética, para sumarse al interés de los escritores de re-valorar la palabra mediante la complicidad con el lector.

Raúl Alexander Murcia

Profesor

Taller de Creación literaria

CUENTOS

CONEJO MUERTO

JONATHANN HADHER LOZADA ÁVILA



¡ Te joden la cabeza!... ¡Te joden la cabeza!... No es tuyo, Tomy... ¡No es tuyo, Tomy!... Whrrrr... “No debes tratar mal a las personas, Tomy”. Siempre sonríe, sé amable y respeta a las mujeres, Tomyyyy... ¿Recuerdas, Tomy?... No es tuyo... ¡No es tuyo!... ¡Suéltalo, Tomy!, ¡suéltalooo!, ¡suelta, maldito marica degenerado!

Cuando levantó el lápiz del formulario levantó también la mirada, despacio, como si contara el tiempo por cada grado de elevación con el que su rostro recorría aquel movimiento articulado del cuello; esperó un segundo y de manera muy pausada, quizá preocupado por pronunciar cada palabra de la mejor manera posible, separó los labios. —¿A qué hora sales?— dijo. Una mueca dulzona crea una pequeña arruga en su piel lisa y humectada de la un poco ruborizada mejilla; muy sutilmente, casi en el gesto se podía entender, de ella, un poco de orgullo en las palabras que a continuación pronunciaría; acerca la mano izquierda sobre el formulario. —Estoy casada—.

Un bonito anillo con pequeñas incrustaciones adornaba su mano; una mano delicada y agraciada, bien cuidada, las uñas de color rosa y un pequeño lunar en el costado derecho de su dedo índice.

Aquella tarde esperaba con ansias la hora de salida, no podía aguantar las casi incontrolables sonrisas de su boca; su esposo vendría a recogerla para llevarla a las bodas de sus suegros, —ese rojo me excita—, casi podía gritarlo, pero de inmediato volvía en sí y, aunque se demoraba unos segundos, retomaba rápidamente el hilo del trabajo. Fue hace apenas un par de días atrás, fue sin duda el mejor día de su vida; todos en ese gran salón la miraban, grandes sonrisas y brillos en los ojos, una gran cantidad de brillantes ojos que se alegraban por ella. —¡Ayyy!. Me chucé la mano.

—¿Sabes qué me dijo? Que tenía planes para comprar una casa en España. Que tendríamos que vivir en un pequeño apartamento cerca de la muralla de Ávila, mientras terminaban los trabajos allá...

—Estoy tan entusiasmada. Bueno, te dejé todo organizado, solo sigue esas instrucciones y no tendrás problemas.

Las tardes no siempre son claras, pero aquella era especial. Al salir del edificio, luego de soportar a unas amigas con trabajos frenéticos y sentir unos cuantos abrazos y varios suspiros, recordó que en algunas horas estaría junto a su esposo, dejando que el mar masajeara sus pies, claro, no sin antes hacer lo que es debido... El nuevo carro rojo se encontraba estacionado sobre la calle a la vuelta de la esquina, sobre esa calle no caía directamente el sol, así que se podía notar el frío de su sombra.

Al cruzar la puerta de cristal, entrelazó los dedos y se apretó suavemente contra su brazo. Ella nunca le cogía la mano izquierda y menos ahora que el anillo le incomodaba cada vez que intentaba tomar su mano derecha para caminar, así que se acostumbró a que ese fuera su lado de ahora en adelante.

Al girar la esquina del edificio sintió el viento frío, los pasos a compás y las texturas del ladrillo que quedaban atrás al ir girando poco a poco hacia el borde de la fachada; al bajar las escaleras, hacia el andén, algo llamó su atención, así que volteó a ver de qué se trataba, unos niños cruzaban la calle con una señora joven de gabán beige, pero le sorprendió lo que su esposo preguntó: —¿Tomy?

La barra de metal era áspera, se notaba el óxido y era algo incómodo empuñarla, pero el sonido fue algo especial, aquella barra arremetió con fuerza, con la fuerza de un amante enfurecido; al golpear, tronó seco; ese sonido jamás lo olvidaría, incluso hoy solo recuerda el espeluznante sonido de ese aterrador momento.

¡Te joden la cabeza!.. Mira mi conejito como quedó, Má... Era lindo. Yo no fui...



EL ETERNO RETORNO: UN VIAJE DE LA CORDURA A LA DEMENCIA

CARLOS CÉSAR BRICEÑO RAMÍREZ



Me llamo Sebastián, tengo 27 años, y quería escribir estos apuntes por dos motivos: primero, porque quiero exponer lo que me está ocurriendo y, segundo, porque aún creo conservar las facultades necesarias para hacer este registro con cierto grado de lucidez. Soy un paciente psiquiátrico según las prescripciones médicas, y no me siento enfermo aunque

se diga que lo estoy. He perdido tres años de mi vida en terapias. Recuerdo que antes de que todo esto sucediera, llevaba una vida normal: tuve una novia sincera, estudié una profesión de utilidad, tuve los recursos suficientes para vivir tranquilo y cómodo. Sin embargo, todo cambió después de aquel trágico capítulo de mi vida. Ahora despierto cada mañana deseando morir.

Mi paso por el psiquiátrico resultó ser medianamente “beneficioso”, la terapia fue una respuesta provisional, me ayudó por un tiempo y me hizo creer que mi condición era tratable. Pero fue con el tiempo que las visiones retrospectivas regresaron, un cúmulo de pesadillas se encargaron de agravar mi condición. He intentado lidiar con esto solo, y aunque me resisto a creerlo..., sé que necesito ayuda. Por eso anhelo que alguien me comprenda, que encuentre un antídoto para escapar de este sufrimiento. Me veo en el afán de confesar que esta situación me está volviendo loco, no hay un maldito día en que no me fastidie la culpa, me agobia una sensación interminable de angustia y me orilla a responder con una explosión de ira. He intentado permanecer inconsciente bebiendo alcohol, pero nada funciona.

He intentando replicar el consejo que el psiquiatra me recomendó. Me sugirió que debía hacer un relato que reprodujera lo acontecido, luego debía trasladar las letras a un archivo de audio, es decir, grabar mi voz leyendo el relato, y por último escucharme varias veces. Según el profesional, esto cerraría el evento desincronizando los recuerdos del suceso, mi mente almacenaría la película adecuadamente y las imágenes dejarían de proyectarse en las noches. También me recetó algunos fármacos, solo recuerdo dos: Sertralina y Olanzapina. La verdad es

que el medicamento terminó de quitarme el apetito, bajé 15 kilos en los últimos años; me levantaba mareado, sedado, no quería ver a nadie, estaba embotado afectivamente y en ocasiones me sentía débil. Pero, a decir verdad, el medicamento funcionó temporalmente; sin embargo, los *flashbacks* volvieron, ahora se presentan con mayor frecuencia y ferocidad, el problema se recrudece con el acompañamiento de alucinaciones vívidas. Usualmente suelo despreciarme, me deprimó y me mantengo en este insoportable estado de temor. Para que entiendan mejor mi situación, deseo lean este documento. Adjuntaré en modo de relato lo sucedido, por si algo me pasa:

Ocurrió en el mes de octubre, era una fría madrugada del viernes, había esperado este momento con mucho anhelo. En la noche no había logrado conciliar el sueño, permanecí despierto dando vueltas en la cama sin poder evitar pensar en las expectativas que había encomendado a ese día, pues se concluían cinco años de gratas experiencias y de un sacrificio titánico.

La alarma del reloj sonó a las 7:00 de la mañana, como era habitual. Me levanté rápidamente de la cama sin percibir cansancio alguno, me preparé una taza de cereal, me cepillé los dientes, me arreglé, tomé mi reproductor de música y salí en dirección a la universidad. El camino pareció más corto de lo usual. Iba tan absorto entre la música y el eco de mis pensamientos que no me fijé mucho en el camino. Ya en el claustro académico, como era el último día de clases, simplemente me dediqué a recorrer salones para presentar los trabajos finales de las materias del día, solo eso faltaba para finiquitar la carrera. A la altura del mediodía me desocupé. Por fin, podía sentir el

descanso de haber coronado un gran reto. Todos conocen la satisfacción y tranquilidad que quedan tras la graduación, un lapso sin mayor demanda de obligaciones.

Salí con serenidad del edificio, me senté en una grada de concreto y prendí un cigarrillo. Mientras fumaba, me puse a pensar si me afectaría la despedida, si quizá sentiría nostalgia, pero dicha emoción nunca me encontró. Cuando estaba por irme me topé con dos grandes amigos y futuros colegas: Javier Parra y Karina Galvis. Honestamente, siempre me resultó curioso ver cuán opuestos eran; solía creer que las diferencias les unían, y paradójicamente eso les molestaba. Karina era una mujer simpática, le echaba cabeza a cada decisión que debía tomar, siempre tenía claridad sobre sus deseos y, aunque era demasiado alegre, en ocasiones solía mostrar una faceta demasiado temperamental e inflexible. Por el contrario, Javier era un hombre pasional sin ser imprudente, pero en las reuniones siempre dejaba expuestos sus sentimientos más profundos, era un amigo leal sin ínfulas pretenciosas. La tranquilidad que emanaba era uno de sus rasgos más característicos. Juntos éramos como los tres mosqueteros, otras tantas veces nos parecíamos más a los tres chiflados. Creo que nos unió la vocación y el deseo que poco a poco se iban desanudando: un impetuoso afán por comprender al ser humano para poder ayudarlo a encontrar el bienestar.

Me embelesé en medio de una de nuestras típicas conversaciones superfluas, hasta que una compañera del semestre suspendió nuestra trivial charla para extendernos una invitación a una fiesta de disfraces en una finca ubicada a unos treinta o cuarenta kilómetros al suroeste de la ciudad. Con el ánimo encendido, confirmamos asistencia. Me despedí de mis amigos ha-

biendo acordado vernos en la tarde. Con premura y conciencia del tiempo, fui a casa para “disfrazarme” (la verdad es que no suelo hacerlo, así que me pinte la cara no más). Estando listo, demoró poco en llegar Javier con su primo Jhon, que venía en la camioneta de sus padres; dijo que iríamos a recoger a Karina cerca de las afueras de la ciudad.

Una vez juntos, salir de la ciudad no presentó mayor complicación, la carretera estaba despejada. Confieso que siempre me gustó la sensación que se experimenta cuando te alejas de las raíces que tanto te atan. El trayecto me enseñó dos lugares magnetizantes: el primero fue un arcaico hotel incrustado a la orilla de un abismo que parecía coincidir con una cascada natural de unos 30 kilómetros que adornaba el panorama; la vieja construcción irradiaba una extraña energía y aparentaba dormir en el olvido. Más adelante mi atención se centró en desentonados ruidos que aglutinaban rugidos, gruñidos y chillidos; según los transeúntes, cerca al lugar había un zoológico. La imaginación me embriagó en un perturbador estado de monomanía, que me duró hasta llegar al lugar que se nos convocó. Nos bajamos del carro.

En efecto, la fiesta era babilónica, el alboroto era increíble: música a reventar, una cantidad absurda de bebidas alcohólicas, el salvaje libertinaje juvenil, un mundo atestado de angelicales féminas, con un show de luces de esas que te ciegan... Era un gran montaje, yo me quedé abusando del alcohol y hablando con un par de colegas. Paulatinamente extravié la conciencia. De ahí en adelante, no recuerdo nada con claridad: sé que me besé con una desconocida, que perdí el equilibrio en varias ocasiones, que regurgité hasta la bilis, que tuve un enfrentamiento

inconcluso con algún tipo por alguna tontería y que luego perdí la noción del tiempo. Me quedé dormido.

Recuerdo borrosas imágenes al despertar. Muchos estaban dormidos, otros emparejados, recuerdo que la leve voz de Javier me indicó que ya era hora de irnos. Todavía estaba oscuro, me levanté tambaleando y como pude me subí a la camioneta. La carretera estaba abandonada. Durante el viaje, aún con una sensación de malestar, me quedé abstraído visualizando el serpenteante camino. Me sentía como una víbora, pero las imágenes dejaron de aparecer cuando el vehículo se detuvo y oí un fuerte improperio lanzado al aire por parte de Javier.

Debo confesar que me sentí tan afortunado por quedarme varado: el combustible se había agotado. En un estado más moderado, me percaté de que Javier había estado conduciendo alcoholizado, que había dejado a su primo con Karina en la fiesta; quizá pensó que yo era su amado pariente, era probable que me quisiera dejar tirado con Karina, pasaba cuando sentía rabia, pero ¿por qué se habría enojado?

Nos encontrábamos en medio de la oscura carretera, cerca del condenado hotel que tanta incomodidad me había producido en la tarde y, ahora, lidiaba con mi embriagado “amigo”. Pero estaba vivo, podía ser peor, podríamos haber caído por el abismo y dar contra los remolinos de agua en los que muere la cascada. La resaca empezó a amplificarse con el ensordecedor estruendo del agua cayendo y el irritante concierto del sonido de los animales exasperados, agitados, que gritaban con fuerza, como si les estuviera pasando algo. Traté de concentrarme, de guardar compostura para solucionar la situación. Pero no pude pensar cuando Javier salió del automóvil caminando en la niebla

y diciendo “voy a orinar en un baño”. Se notaba que no se daba por enterado de lo que estaba pasando. Salí tras de él para hacer que recapacitara, no podíamos llamar a nadie, nuestros celulares estaban muertos. Él, como si nada, entró al antiguo hotel.

Una anécdota extraña: quiero pensar que fue una mala combinación entre el cansancio y el alcohol residual que mi organismo no había filtrado, pero sé que en la segunda planta de la vieja edificación había una monja deambulando. Pestañeeé con fuerza y ya no la vi, dejé de prestarle atención y entré, pensé que estaba alucinando por el consumo de algún estupefaciente en la fiesta.

Al ver a Javier lo detuve con coraje, sosteniéndolo del brazo. Le dije que se controlara, que debíamos irnos. Pero respondió con agresividad, se soltó e ingresó. Tenía miedo, me asusta lo que desconozco, así que me quedé fuera dudando si debía entrar o no al lugar, pero opté por hacerlo. Una vez dentro, vi que el hotel estaba lleno de grafitis, no tenía suelo, las ventanas eran unos cristales rotos y manchados. Javier, como manipulado por su estado de estupidez, iba a bajar al sótano, pero por fortuna alcancé a frenarlo. Él estaba ensimismado moviendo los labios, logré arrastrarlo afuera. Con las pocas energías logré liberarlo, me senté en el pórtico a reponerme; la verdad es que Javier era pesado. Me prendí un cigarrillo.

La llovizna estaba empeorando. Lo último que puedo recordar es a Javier gimoteando y diciendo con la voz quebrada: “Sebas, jamás confíes en nadie, me alegra traerte conmigo aunque las cosas no terminarán como yo quería... Mi primo Jhon sabía que siempre había amado a Karina en disimulo, que hoy le confesaría mis sentimientos. Sin embargo, no le importó nada, él

se acostó con ella". En ese momento entendí, por eso los dejé tirados intencionalmente.

Sin embargo, escucharlo me hizo sentir abatido, quedé perplejo ante esa revelación. No pude responder con la urgencia que se requería. Vi que todo sucedió con rapidez, me quedé tan petrificado. En un arranque de ira y tristeza, Javier corrió en dirección al abismo, saltó por el precipicio. No pude hacer nada, fui un cobarde, debí hacer más, me quedé pasmado.

Me acerqué temblando y miré desde la orilla del abismo, el nauseabundo aroma que la cascada emanaba olía a muerte, quedé desorientado y sumido en el llanto. Escuché un susurro muy cercano a mí oído: "Querías entrar, ya estás dentro". Al girar a mi alrededor, vi varias sombras mirando hacia el abismo, entre ellas había una que parecía no tener cabeza, al final me desmayé.

Unos días después me internaron en el psiquiátrico, no quería hablar, estaba despedazado. En las noches tuve mil pesadillas que me hacían gritar aterrorizado. Pensaba en la cantidad de personas que murieron en aquel lugar. A veces sentía que, al despertar, las sombras me iban a encontrar allí... Me mantenía en mi cama, pensando que estaban esperándome, burlándose. Fui débil y pienso que debí tener la fuerza para que él estuviera vivo. Javier me visita en las noches, camina por las celdas acolchonadas, desfigurado, con la quijada colgando, ensangrentado. Escucho a los demás "locos" gritar con miedo. Se para frente a mi celda, mirándome con rabia, me recrimina. Nadie me cree, algunos como Karina me visitan solo para llamarme *asesino*. Ya no quiero seguir viviendo, pues sé que mañana la rutina será la misma. Y tendré que vivir aquel día de octubre, en mis pesadillas y en mis recuerdos.



LA ANTIGUA FUNZA: EL NIDO DE LA MÁS BELLA HISTORIA DE AMOR¹

ANGIE CAROLINA RÍOS RIAÑO



Hay preguntas que se pueden responder fácil, rápido y tienen una respuesta concreta. Hay otras que son difíciles de responder, requieren mucho tiempo y para hacerlo necesitas un pañuelo y un hombro por si acaso quieres llorar”. Esa fue la respuesta de Lupe al preguntarle sobre su historia

.....
¹ Primer lugar en el concurso “Cuéntanos tu Cuento, Funza 2018”; categoría: adultos; temática: Funza en el pasado.

de vida, cuando se encontraba mirando una y otra vez un viejo álbum que tenía en una mesita junto a ella en su pequeña habitación, de la que no salió más desde que fue recluida cuando murió su esposo Amadeo, seis meses atrás.

El lugar de reclusión de Lupe era un centro psiquiátrico, se encontraba allí porque sufría ataques de pánico, una enfermedad que pudo sobrellevar desde la adultez temprana con ayuda de su esposo, pero que, según ella, se descontroló cuando él murió. Amadeo era lo único que ella tenía, no soportó verlo partir, su duelo seguía sin terminar, simplemente el mundo se le fue abajo cuando un infarto llegó mientras dormían y se lo llevó con Dios, el mismo Dios ante el que estuvieron el feliz día en que decidieron casarse. Pero eso no es todo, su historia va más allá, fue una historia que me apasionó escuchar, y creo que a ella le apasionó contarme, así que, aunque lo dudé mucho, un buen día, decidí que empezaría a escribirla.

Yo estaba haciendo un voluntariado en la Consejería del centro psiquiátrico donde Lupe fue recluida. Me permitían ver algunos pacientes a quienes pocas veces o nunca visitaban, estaban estables y por supuesto que aceptaban que yo fuera su compañía por un rato. Escuchar es mi pasión (igual que escribir), es lo que amo hacer, así que iba a visitar el hospital dos veces por semana. Tengo muchas historias por contar de ese lugar, pero esta, sin duda, es mi favorita —llena de historia y de tradición—, me decía ella entre carcajadas que al principio no entendí, pero que luego fue bastante claro para mí.

La conocí un lunes, era una señora muy dulce, al principio un poco tímida. Lo que más me encantaba de ella era su atuendo

típico de campesina, pues no olvidó nunca las costumbres del lugar de donde venía. Sus ojos eran tan azules como el mar, lucía un sombrero con una flor en el medio del cual brotaban dos bellas trenzas, llevaba ruana, falda larga y zapatos de charol. Lo primero que hice fue intentar entablar una conversación. Entré a su habitación, ella tenía un álbum con muchas fotos de lugares y personas en las manos, lo miraba con melancolía. Yo sentía pena de interrumpir pero me causó curiosidad y me lancé. Aunque ella no se negó rotundamente a la conversación, tampoco me dijo mucho al principio, pero sí lo suficiente para saber que debía volver, que detrás de esa mujer se escondía una historia digna de escuchar.

—¿Cómo te llamas?

—Lupe.

—¡Qué bello nombre!, ¿cuántos años tienes?

—Sesenta y siete... Pero creí que quería hablar de mi enfermedad.

—Me gustan todos los temas, podemos hablar de lo que tú quieras, ¿de dónde eres?

—Lo dice por mi ropa, ¿verdad, doctora?.. Pues yo vengo del campo, de un municipio cercano llamado Funza.

—¿Y qué tal le ha parecido vivir en Bogotá?

—Pues la verdad conozco poco, algunas veces vine a hacer unos quehaceres por acá, pero no vivo en Bogotá, vivo en este hospital ahora y no salgo a la calle.

—¿Venías con tus hijos?

—No tengo hijos.

—Discúlpame, Lupe, soy un poco imprudente...

—Tranquila, doctora, venía con mi Amadeo, él me acompañaba para que estuviera segura, siempre estuve segura con él, ¡qué bellos momentos pasamos en nuestra tierra!, la vimos crecer y ella nos vio crecer a nosotros.

—¿Cómo así que la vieron crecer?

—Pues en el pasado mi Funza era diferente, ahora ya es toda una ciudad.

—Entiendo... y ¿Amadeo es su esposo?

—Sí —sus ojos se nublaron— ¿Le molestaría dejarme descansar un poco y hablamos luego? Me siento un poco cansada y quiero dormir.

Ese día me fui intrigada, pero volví semana tras semana; no solo quería saber de ese hombre del que hablaba con tanto amor, sino de la tierra que vio en transición; seguro debía saber mucho sobre su historia, sobre cómo fue antes de lo que ahora los niños que nacen allí pueden ver ahora. Saber de historia me gusta. Finalmente lo logré, pude resolver todas mis dudas y conocí todo lo que ella me permitió sobre esas dos cuestiones. Recuerdo nuestra última conversación...

—Hijita, espero algún día estar en alguno de esos escritos hermosos que hace, tiene mucho talento.

—Lupe, escucharte es majestuoso, ese amor por tu Amadeo, combinado con lo que fue tu hogar, tu tierra, prometo que lo voy a escribir y esos recuerdos serán inmortales, llegarán a

todos los de tu tierra, para que nunca olviden lo que fue Funza en el pasado, en tu pasado.

—Espero que Dios me le dé vida para hacerlo, estaría muy feliz... Ahora vaya a tomar una agua de panela con queso y a descansar.

—Sí, señora, nos vemos la otra semana.

—Vaya con Dios y la virgen.

Ahora creo que es mi deber cumplir la promesa que ese día le hice, ya que ahora está en el cielo abrazada de su gran y único amor.

Lupe nació en Funza (nombre que en lengua Chibcha traduce “Varón poderoso”), un municipio a poco menos de una hora de Bogotá, en una vereda llamada Siete Trojes. Tenía dos hermanas mayores: Betty y Rocío. Nació en una finca grande con mucho color verde por todas partes y muchos animales, a quienes amaban mucho, los consideraban parte de su familia. La finca pertenecía a un senador llamado José Elías del Hierro y su familia era cuidadora. Al ir creciendo, Lupe les ayudaba a sus padres con las labores del campo: ordeñaba las vacas y daba de comer a los cerdos y pollitos; pero lo que más le encantaba era sacar los huevos de las gallinas para el desayuno. Cuando creció y tuvo edad para hacerlo, empezó a ir con sus hermanas a la Escuela San José (era una de las pocas que había en ese entonces). Cuando iban camino a la escuela, se subían las tres en una sola bicicleta por una calle sin pavimentar y pedaleaban un kilómetro durante media hora para llegar, iban jugando y riendo, con uniformes que su mamá hacía con sus propias manos. En sus maletas no llevaban más que un viejo cuaderno y una merienda

que consistía básicamente en arepa con jugo o agua de panela. Decía Lupe que eran humildes, no tenían muchos lujos, su casa no era tan hermosa como la del senador, pero podían tener contacto con muchos animales, lo cual era mejor que tener una casa así, tan grande como la alcaldía (que tenía hasta balcón).

Al terminar la jornada escolar, caminaban un poco para sentarse en el parque, justamente en lo se conocía popularmente como “el indio”, pero que en realidad era una estatua de una mujer chibcha con su hijo cargado, perteneciente a una tribu indígena que habitó Funza en el pasado. Allí había varios escalones donde se podían sentar a observar su bello municipio. El monumento se encontraba frente a la iglesia del pueblo a la que iban los domingos a escuchar la misa que daba Jorge Torres, el párroco quién era el párroco de ese entonces. Pocas veces tenían algunas monedas, pero cuando las tenían, reunían todo y, entusiasmadas, iban a una panadería deliciosa llamada Las Melo a comer mantecadas con masato. La panadería se llamaba de esa forma porque las propietarias eran cinco hermanas del pueblo que llevaban ese apellido, y, por la exquisitas de sus mantecadas se hicieron muy famosas en el pueblo e incluso mucha gente de otros lugares iba a probar sus delicias.

Hubo muchos recuerdos que marcaron su historia de vida, pero tres son especiales para ella. El primero era el de jugar a navegar por los “vallados”, que en realidad eran porciones de tierra cubiertas por agua que se posaba allí. En una batea y con sus propios remos hechos con palos de escoba, Lupe navegaba por los vallados. También le gustaba, mientras jugaban, explorar en el bosque lleno de eucaliptos, y como tenían la responsabilidad de cuidar la vaca con la ternera, las ponía en la mitad de

todos para que, mientras jugaban, pudieran cuidarlas también. El último, era el de una finca llamada La Mapolita, ubicada en un lugar llamado La Capuchina, donde cada navidad podía ir con cientos de niños a recibir un regalo, un kit escolar y deliciosos alimentos por parte de los dueños de la finca unas “personas de gran corazón” pero de los que no recuerda muy bien el nombre.

Así pasó mucho tiempo hasta que llegó el momento en que se convirtió en una adolescente y empezó a ir al Colegio Marqués de San Jorge, que quedaba que quedaba a tres kilómetros de su vereda. A Lupe le gustaba dejarse el cabello como las chicas de su época: “con copete”, que se hacía con una mezcla de agua con azúcar. También le gustaba maquillarse, pero ya que no tenía dinero y no había muchos lugares para comprar ese tipo de cosas, lo hacía de forma muy creativa: con betún de zapatos se pintaba las cejas, se encrespaba las pestañas con una cuchara “filuda”, el rubor era hecho con trozos de remolacha y, por último, el labial era un lápiz rojo marca “Berol”, porque era el que más pintaba. También le gustaba salir a bailar, lo hacía en compañía de sus hermanas y algunas amigas del colegio a un un lugar llamado La Tupibamba, la única discoteca en todo el pueblo, donde se reunían los jóvenes más extrovertidos que se atrevían a desafiar a sus padres. La hora de entrada era a las cinco de la tarde, que coincidía con la hora del rosario en la iglesia. Es de ese lugar la locura que más recuerda, cuando sus padres la dejaban en la iglesia para que asistiera al rosario, ella se iba para la discoteca, luego volvía a las siete, cuando sus padres ya la estaban esperando de nuevo en la puerta y no se enteraban de su aventura.

Fue allí donde su historia de amor empezó: en una de esas fiestas conoció a quien se convertiría en todo para ella, Amadeo, un joven con el que no pudo hablar mucho el primer día porque ya era tarde, y si no volvía a la iglesia, sus padres la castigarían fuertemente. El joven la invitó a comer al asadero Riki Riki, que quedaba al lado de la discoteca, era de los pocos asaderos y él trabajaba allí. A la semana siguiente se dio de nuevo el encuentro.

Amadeo vivía con su tía, pues su madre había muerto y de su padre no sabía mucho. Tenía la misma edad que ella en ese entonces —dieciocho años— y le gustaba mucho jugar fútbol. No le gustaba estudiar, decía que no era lo suyo, “a los burros nos toca es trabajar” —solía decir—, algo con lo que Lupe nunca estuvo de acuerdo, aunque finalmente aceptó que así fuera.

Al salir del colegio, Amadeo pasaba a recogerla, conversaban un rato y ella volvía a la casa en su pequeña bicicleta. Fue así como pasó mucho tiempo, el suficiente para que se enamoraran profundamente. Pero no todo era tan fácil como sus mentes adolescentes creían.

Don Hernando, el padre de Lupe, al darse cuenta de que su hija últimamente se estaba demorando en llegar a casa, un día fue al pueblo y la buscó a la salida del colegio. Al no encontrarla, no dudó en ir por cada una de las calles —desafortunadamente era un pueblo pequeño— y la encontró con Amadeo. Furioso, la reprendió fuertemente frente a todos y la llevó a la casa repitiendo a viva voz: “Las niñas de casa no deben estar en los caminos buscando hombres, y si los encuentra, son para casarse y tener hijos, no para coquetear”.

A decir verdad, don Hernando seguía unas reglas estrictas que también le habían enseñado a él desde muy pequeño. Lupe repetía que ella sí quería a Amadeo como su esposo, pero esto solo lo enfureció más y no la dejó salir durante meses de la vereda. Solo podía salir acompañada por él o por su mamá. En la graduación de Lupe no hubo una celebración como las de sus hermanas, lo único que recibió fue una fría felicitación. En ese tiempo, Lupe sufrió mucho, sentía que su padre le había quitado todo lo que podría hacerla feliz.

Un día como cualquier otro, una de sus amigas —Mery— llegó a su casa con la excusa de visitarla, le entregó una carta de Amadeo a escondidas de sus padres y se marchó. Ansiosa por saber qué decía, la abrió llevándose una gran sorpresa: “Querida Lupe, tuve que pedir ayuda porque yo no sé escribir, solo quería que supiera que me voy al ejército y no sé si pueda volver, decirle que la quiero y que estoy enamorado de sumercé, espero volver a verle esos ojitos tan bonitos, Dios y la Virgen me la cuiden”.

Al terminar la última sílaba, Lupe rompió en llanto y decidió que debía ir lo antes posible al pueblo a despedirse. Finalmente, no sabía si lo volvería a ver. Le dijo a su papá que quería ir al pueblo, que se dieran una vuelta después de sacar los animales, que quería respirar y almorzar en la plaza cuchuco de maíz con gallina, que era su comida favorita. Aunque don Hernando era bastante estricto, también la amaba mucho, así que siguió su capricho y se fue con ella para el pueblo. En un descuido, cuando don Hernando se quedó hablando con un “compadre” (como llamaban a los padres de los ahijados). Lupe se escapó hasta el lugar donde Amadeo trabajaba. Para su mala suerte, le dijeron que el mismo día que pidió ayuda para escribir la carta

se lo llevaron en un camión para una zona donde había mucha violencia —allí estaban las FARC—, de la que era posible que no regresara más.

Los días después de ese evento tan doloroso fueron muy difíciles para ella, se sentía arrepentida de no haber luchado por su gran amor, de no haberse comprometido para que don Hernando no la pudiera separar de él, pero ya era tarde. Lupe era hermosa y tenía muchos pretendientes, pero siempre se resistió, nunca cedió ante ninguna de las propuestas que le hicieron, estaba segura de que ya había encontrado el amor y que solo debía ser paciente.

Tenía decidido que iba a esperar, no quería fijar su mirada en nadie más, se dedicaba a ir a misa todos los domingos para orar porque Amadeo regresara con vida, y en las noches desde su intimidad rogaba nuevamente. En su pequeño radio escuchaba a diario noticias de soldados asesinados por la guerrilla, pero ella se negaba a creer que entre los muertos estuviera su gran amor, así que no atendía, las ignoraba y seguía viviendo su vida de campo que tanto le gustaba. Ocasionalmente iba a la plaza a hacer mercado o a almorzar, iba a merchar en el supermercado del pueblo llamado La Canasta, tomaba tinto en la famosa cafetería La Bochica y nunca más quiso volver a salir con sus amigas a la Tupibamba, pues era un lugar que le traía muchos recuerdos.

Finalmente, Lupe no estuvo tan errada ese tiempo. Luego de dos años y medio, Amadeo regresó al pueblo y la buscó. Ya en ese entonces su mamá, doña Elvira, estaba preocupada porque Lupe no se había casado todavía y no tenía hijos —lo más importante era tenerlos— mientras que sus hermanas ya habían

formado su hogar marchándose a la ciudad. Por lo anterior, sus padres decidieron dejar que se involucrara con Amadeo, que al fin y al cabo “era el que ella había escogido”. Cuando lo volvió a ver, supo que Dios nunca mintió, le había prometido traer a su amor para no dejarlo ir “hasta que la muerte los separara”, y así fue.

Se casaron un mes después en una preciosa capilla llamada Rosa Virginia, acompañados del padre Bernardo, de quien ella se acordaba muy bien, ¿cómo no recordar cada detalle de lo que fue el día más feliz de su vida? La celebración la hicieron en su casa; don Hernando y doña Elvira mataron cinco novillos y dos gallinas, también hicieron mucha chicha —tradicional en las celebraciones— y duraron dos días celebrando el compromiso.

Llegó la hora de vivir juntos, tenían que empezar de cero. Don Hernando les regaló una vaca y doña Elvira no tuvo otro obsequio para su hija que una vieja olla, que fue la primera que compró cuando se fue a vivir con su esposo muchos años atrás. Se fueron a vivir al pueblo, allí la vida era muy diferente. Lupe se encargaba de los oficios de la casa y Amadeo trabajaba sembrando papas y mazorca. Empezó la búsqueda de tener hijos y sí, parece irreal, pero hasta ese momento, aunque Lupe y Amadeo tenían veintidós años, eran vírgenes, creían que cuando el amor se entregaba debía ser para siempre.

Fue en esa búsqueda cuando Lupe y Amadeo pasaron por lo más frustrante en su relación. Un día Lupe enfermó gravemente y él tuvo que llevarla lo más pronto al médico, al consultorio del doctor Camilo, el médico del pueblo. Afortunadamente solo

era una baja de glucosa en la sangre. Ella aprovechó estar con el doctor para preguntarle por qué no había podido tener hijos; él le respondió que según su historia lo más posible era que fuera estéril. En el momento en que el doctor dijo eso, Lupe tuvo su primer ataque de pánico, no podía respirar, sentía que se iba a morir y se desmayó teniendo ataques casi como los de la epilepsia, por lo que de urgencias la remitieron a una clínica de Bogotá.

Eran jóvenes y venían del campo, no entendían muy bien lo que pasaba y mucho menos entendieron cuando les dijeron que Lupe había tenido un episodio de “ataque de pánico”. Era una reacción normal por la noticia, pero debían estabilizar sus niveles de glucosa, además tenía problemas en el corazón. La hospitalizaron una semana, en la que tuvo tres episodios más. Desde ese momento la empezaron a tratar un psicólogo y un psiquiatra, quienes con ayuda de terapia cada mes y medicamento —los quehaceres que mencionó de Bogotá—, lograron controlarla.

Sobre los trayectos mencionaba que para ir a Bogotá solo existía una flota: la Empresa Bermúdez, que tenía horarios específicos de salida y llegada. Amadeo, por su parte, gozaba de buena salud, el médico del pueblo solo le decía que tenía la tensión un poco alta y le recetaba algunas pastillas.

En general, vivían estables. No tenían muchas cosas de valor, su casa no era muy grande y no podían tener hijos, pero eran felices con las pequeñas cosas que podían hacer en su pequeño pueblo, como ir a las verbenas que organizaba la alcaldía —había cabalgatas, comida, fuegos pirotécnicos, misa campal,

música—, o disfrutar de los desfiles que hacían los colegios en las fiestas patrias. También de vez en cuando iban al teatro ubicado en la quince con doce, donde se exhibían películas con éxito —en especial las mexicanas— y donde se pagaban dos funciones por una. Por último, también salían a hacer deporte al Colegio Cooperativo, que estaba abierto al público, y donde jugaban baloncesto.

Pero como todo en la vida no es color de rosa, también había cosas grises. De repente, y sin mucha explicación, su padre murió, lo cual desencadenó muchos ataques más. Posteriormente, como si fuera poco no haber terminado el duelo de su amado padre, a causa de la profunda tristeza, a los tres meses su madre también murió. Como en todas las situaciones malas de su vida, fue Amadeo quien le ayudó —como le aconsejaban los médicos de Bogotá—: para que pasara los ataques, le daba sus medicamentos para no verla “mala” y le ayudaba a respirar lento para que así pudiera ir a enterrarlos, a darles el último adiós en el cementerio del pueblo. Ambos fueron enterrados en el mismo espacio, juntos, como siempre Lupe los vio. Desde entonces, su plan favorito era llevar velas al cementerio cada lunes, para hacer la novena por las benditas almas y arreglar con girasoles la tumba de sus padres.

Por otra parte, Amadeo cambió de empleo y se fue a trabajar con flores en la empresa Flor-América, donde le fue muy bien. Lupe ya estaba cansada de estar en la casa, sentía que no estaba siendo productiva, era una mujer trabajadora, muy activa, así que decidió hacer lo mismo y a esa misma empresa fue a dar. Ambos duraron trabajando allí casi treinta años, tiempo suficiente para ser pensionados.

Así pasaban los años, amándose profundamente, sembrando, cultivando, cocinando, rezando mucho y viendo cómo envejecían juntos, como tanto lo soñaron. En una ocasión, Lupe me contó que lo que más les gustaba era rezar, a los dos les habían enseñado a ser muy religiosos y antes de dormir hacían el rosario juntos. Vivían en el amor de Dios, esperando el día que Él los llamara. Lupe siempre creyó que por sus problemas de salud era ella quien se tendría que marchar primero, pero tal vez fue ingenua al pensarlo.

Para ese entonces el pueblo ya no era el mismo de antes, había cambiado mucho, cada vez era más sorprendente. “Se empezó a llenar de casas grandes con muchas ventanas” —decía Lupe— En realidad eran algunos edificios. Ya eran pocos los cultivos y la gente que vivía en el campo sacando fruto de él. Construyeron un centro comercial llamado Mi centro Funza, donde “presentaban películas y se veía grande, siempre quise ir, se veía mejor que el teatro, pero no tenía plata y tampoco tiempo” —decía ella—. Solo fue un día a ese lugar, vio muchas cosas bonitas y costosas que claramente no podía comprar. Como siempre, fue acompañada de su Amadeo, que también quería conocer. Pocas cosas no descubrió o hizo por primera vez con él.

Y es aquí donde viene la parte triste... Dos semanas después de que fueran a conocer el nuevo centro comercial del pueblo —que ahora parecía más una ciudad—, ocurrió lo más temido. Una noche después de rezar, al amor de su vida, ese corazón bondadoso y enorme del que se enamoró profundamente, de repente dejó de latir, sufrió un infarto mientras dormía y no despertó más. Ese infarto repentino se llevó lo más valioso

de Lupe, el amor y las pocas ganas de vivir que le quedaron cuando murieron sus padres. Ya sin Amadeo la vida no tendría sentido. Sin embargo, en nombre de todo lo que vivieron, se armó de valor pensando que tal vez el espíritu seguía acompañándola y lo enterró al lado de sus padres. El dolor más profundo e inimaginable fue el que tuvo que soportar al ver las tres personas más importantes en su vida enterradas en un triste cementerio, mientras que ella solo quería abrazarlos una vez más, volver atrás donde bailaron felices por días celebrando su compromiso.

Con mucho valor intentó seguir, dejando intactas todas las cosas que tenían los dos hasta su último día de vida. En especial el álbum —tenía un sentido único—, eran fotos a blanco y negro (unas pocas a color) con momentos especiales de todas las etapas de su vida. También unas muy bellas del paisaje de lo que fue el pueblo donde nacieron, crecieron, se enamoraron y donde “solo la muerte pudo separarlos”. Un pueblo difícil de olvidar (como los ojos de Lupe). Son fotos que llegué a valorar mucho y aún conservo. Adoro Funza, como la conocí en historias tanto dulces como amargas. No es la misma, ahora es una ciudad con millones de personas y muchos lugares por explorar, que desafortunadamente Lupe, don Hernando, doña Carmenza y Amadeo no van a poder admirar... ¿O quizá sí? Quizá están viendo tomados de la mano, con una sonrisa en el rostro desde lo más alto del cielo, mientras yo sigo acá abrazando los recuerdos de quien fue mi historiadora, mejor narradora y gran amiga. En conclusión, un ser de luz en mi camino.



LA TIENDA DE LA NOSTALGIA

SONIA MANCERA HERNÁNDEZ



Toda mi vida la he dedicado a la Historia, era mi vida y mi trabajo. Había estudiado para ser historiadora, y aquella tienda perteneciente a mi familia me había enamorado.

La tienda custodiaba toda clase de maravillas. Mi perdido marido y yo recorrimos el mundo entero en busca de dichos tesoros, cambiándolos por otros tantos, ofreciendo clases, pagando el precio justo y a veces un poco de más. Atesoramos

desde un manuscrito en latín de un ditirambo, el cincel de algún copista romano, restos de un vitral de la catedral de Notre-Dame de París, hasta un boceto chamuscado de Boticelli, un daguerrotipo de Degas, la apacible máquina de escribir de Hemingway y el pentagrama original de una composición de Piazzolla.

¿Por qué la llamábamos “Tienda de la nostalgia”? Tal vez porque fuera de la tienda todo era tan inhóspito que nos incitaba a volver una y otra vez a una vida pasada, a hilarantes momentos de la humanidad, a sitios en los que habríamos dado lo que fuera por estar, pero que solo conocemos por los libros de historia y por los cuenteros que aún quedan.

La magia de cada objeto de la tienda podía consistir en un recuerdo de sacrificios pasados, en ver las más grandes maravillas. Para mí, la magia estaba en la nostalgia, en la sed de conocimiento: el camino de mi vida entera. Era la nostalgia de esos objetos la que llenaba mis ausencias. He *mochileado* por el mundo en busca de aquello que me enamora y he descubierto los sentimientos que cada uno de ellos encierra en lo profundo de su corazón de objeto.

Las travesías en busca de mi alma eran mi mejor compañía. Mi extraviado esposo era un objeto más de la tienda, pues en busca de su propia alma decidió entregarle su corazón al único objeto que, relataba él, se había robado su amor: una vieja vitrola con la que tarareaba las más bellas canciones de amor.

Un par de nostálgicos enamorados de objetos, eso éramos nosotros. Arriesgándonos en esta loca aventura de la historia, olvidándonos uno del otro. Yo enterré su alma en la máquina

de escribir en la que tecleaba, como si fuera un piano, idilios utópicos, y él por su lado me tatuó las letras de amor que recitaba junto a su vieja vitrola. Éramos la alquimia de un amor que ya pasó. Ninguno de los dos pensaba en el día en el cual alguien entrara por la puerta y preguntara por aquel par de objetos que poseían nuestras almas.

—¡Ring! —sonó el tétrico timbre de la tienda.

—Nostálgicos. —Escuché una femenina voz tras el timbre—. Busco una vitrola modelo VV-XI. Me entró una friolenta sensación en el cuerpo, ¿acaso éramos la única tienda que tenía una vitrola de ese modelo?

—¡Una como esa! —dijo señalando de manera brusca y emocionada aquel objeto en el cual mi marido había encerrado mi alma.

—Señora, si decidiera venderla, le estaría vendiendo mi alma, el único recuerdo que le quedó a mi esposo de un matrimonio que alguna vez ocurrió.

—Estaré dispuesta a remunerarles toda la búsqueda que les llevó a obtenerla.

—No lo entendería, no la buscamos. Simplemente llegó.

—Ofrezco lo que ustedes pidan.

—Al llevársela se trasladaría mi persona con usted. No una grata compañía, debo decir. Se llevaría la nostalgia del mundo. Lo único bueno que guardó la vieja vitrola fue la poca belleza que un día tuve, cuando era más persona que menos letras sin lector.

—Es un recuerdo de mi infancia, pagaré el precio justo y más si es necesario.

En ese momento solo lograba pensar en cómo mi marido observaba la vieja vitrola, en la apacible mirada que mantenía cuando la limpiaba. La mujer debía tener algo de razón, él solía decirme cuando apenas me empezaba a enamorar: “Emilia, Emilia, mi cajita de música, tu cuerpo es como un piano y tu risa es melodía”

—Déjeme preguntarle a mi marido, consultarlo con él, le estaría vendiendo mi supuesta alma y el amor que él le tiene.

—Con gusto, supongo que es un poco complejo tomar esta decisión, le dejaré mi número para cualquier cosa que se presente.

—Un gusto.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Al salir la mujer, me dispuse a arreglar unos viejos acetatos, limpié el polvo de las vitrinas, bailé un poco con la escoba, me creí cantante con las guitarras, jugueteé con las maravillas nostálgicas de la tienda y olvidé por completo el asunto de la vitrola. Hasta que llegué a ese viejo objeto.

—¡No la toques! —gritó Isaías— Sabes que me gusta limpiarla a mí.

—No entiendo qué significa esa vieja vitrola para ti —le contesté de manera brusca.

—No es solo una vieja vitrola. Es importante para mí. Yo solía llamarte cajita de música, ¿lo recuerdas? Y lo seguías siendo,

pero una vez empezamos a viajar, dejaste de mirarme de la misma manera en que veías una maravilla literaria; mirabas con más agrado tu vieja máquina de escribir, en la que relatabas magníficas historias de amor, yo ya no era tu protagonista.

—No comprendo qué cambió, sabías cómo era, conocías mi pasión por la literatura, la escritura, la historia.

—No te das cuenta... Antes de viajar yo era tu historia, tu literatura, tu poesía. Como tú, hice mis cosas; una vez ya no fui tu literatura, tú no eras mi música. Sin embargo, aunque mis letras ya no eran para ti, esa “vieja vitrola”, como tú la llamas, siempre me trajo tu recuerdo, reviviendo buena música, buenas letras. La llamo “Emilia”, porque al igual que tú lo eras, es mi cajita de música.

No pude evitar sentir culpa, Isaías me quería y arruiné lo que habíamos construido por historias que quería conocer. Dejé que todo pasara sin darme cuenta por qué cuidaba tanto esa vieja caja de música, si era lo que le recordaba a otras épocas en que el amor entre nosotros abundaba.

—Debimos tener esta charla hace tiempo —le dije en un tono apagado—. No tenía idea de lo que sentías, me concentré en la nostalgia de personajes pasados y no noté la nostalgia del que era y es el verdadero amor de mi vida.

—Ya no importa. Tampoco me motivé por recuperarte, fue culpa de los dos, y estamos pagando el descuido al que llegamos —dijo tomando un viejo acetato que se disponía a deleitar.

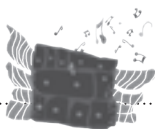
—Espera —le dije mientras tomaba su mano—, hoy vino una señora queriendo comprar tu vitrola, le dije que llamaría, tenía que consultarlo contigo.

—Vender la vitrola sería como venderte.

—¡No soy la vitrola! —le contesté ofuscada—. No quiero ser más tu vitrola, quiero volver a ser tu cajita de música.

—Entonces véndela —contestó con un aire desinteresado y se alejó dejando el acetato de lado.

Fue ahí cuando comprendí que en la vida, para algunos, estamos encerrados en objetos, somos la nostalgia de ciertas personas, no por crueldad o tristeza, sino el recuerdo de estos mismos. Entendí que para Isaías no era solo una vieja vitrola; era su cajita de música, o al menos el recuerdo de ella. Aquella maravilla era el recuerdo de un alma nostálgica, la mía.



EL DÍA EN QUE SUCUMBIÓ LA ÚLTIMA ESPERANZA DE LIBERTAD

DIEGO FERNANDO ALDANA



Mario, un estudiante de Derecho de la Universidad de Antioquia, persona muy honrada y de pensamientos bastante liberales, volvió a Medellín después de haber pasado cerca de dos meses en Nunchia, Casanare, realizando una investigación que le había encomendado un profesor sobre la infancia de Salvador Camacho Roldán, en conmemoración a sus 48 años de fallecido.

Tras llegar a su casa, saludar a sus padres y desempacar las maletas; se dirigió a la cantina El Mestizo, donde se encontró con Humberto, su único amigo. Tras algunas horas de beber brandy, Mario le abrió su corazón a Humberto: le contó sobre las discusiones que tenía consigo mismo día y noche, sobre la necesidad de cambio que le pedía su vida y, en especial, sobre lo complejo que le resultaba entender la existencia.

—Vete de la ciudad —le dijo Humberto—, mi tía tiene en Bogotá una pensión donde te podría alquilar una habitación; quizá si yo hablo con ella, puede que no te la deje tan cara. Mario lo miró con una sonrisa burlona: Humberto entendió un *no* como respuesta.

Mientras Mario le explicaba a su amigo que su aflicción no lo llevaría a tanto, recordó que durante el tiempo que estuvo por fuera de Medellín, alejado de las aulas de clase, no tocó ni una sola vez el libro que le obsequió el profesor que puso en sus manos la investigación sobre Camacho Roldán. Repentinamente, Mario brincó de la silla en donde estaba sentado bebiendo, haciendo brincar también a Humberto del susto. Mario miró a su amigo y le hizo una seña de despedida con la cabeza.

Al salir a la calle, Mario corrió hasta su cuarto, abrió una de las gavetas del viejo escritorio que le heredó su abuelo y sacó de allí un pequeño texto de ochenta y nueve páginas titulado *Elogio de la locura*. Esa misma noche Mario leyó el texto completo y, al terminarlo, se acostó en su cama. Antes de dormir, tomó el reloj despertador del nochero y lo puso a sonar a las seis de la mañana, pues a las siete tenía su primera clase tras el viaje de Nunchia.

Las horas corrían y Mario no podía dormir. Decidió, entonces, pararse de la cama, tomar un cuaderno y un lápiz y empezar a escribir un análisis detallado de lo que para él había significado el texto de Erasmo de Rotterdam. En el preciso momento en que terminó el escrito, sonó el ruidoso despertador y rápidamente se alistó para ir a la universidad. Antes de llegar, entró a una panadería y pidió una taza de café; luego entró a la universidad y se dispuso a tomar la clase. Al terminar, fue a la sede de la facultad y se encontró con el profesor que le había encomendado la investigación de Camacho Roldán y que le había regalado el libro de Erasmo.

—¿Qué tal, profesor Hernández?, ¿cómo va todo? —lo saludó Mario mientras le sonreía.

—Muy bien, mi chino —le contestó el profesor con cara de asombro, pues la fecha estipulada para la llegada de Mario a Medellín aún no se cumplía— ¿Usted que hace tan rápido por acá, criatura?

—Vengo a entregarle la investigación sobre la infancia del ex presidente Camacho. Creo que me quedó muy bien y de paso, profe, ¿será que usted puede revisar este análisis que escribí anoche sobre el *Elogio a la locura*?

—Claro, hoy tengo clase solo hasta las tres de la tarde, venga en una hora y hablamos de lo que escribió.

—Listo, profesor Pedro, yo vengo entonces a la una.

El profesor Pedro Hernández era un cachaco egresado de Derecho de la Universidad Nacional, especialista en Derecho penal del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y magíster

en Derecho de la Universidad de Milán. Era calvo, de estatura promedio y una frondosa barba blanca que lo caracterizaba. Siempre se vestía con trajes de tres piezas de corte inglés y en su muñeca derecha llevaba un reloj suizo *Vacheron Constantin* de correas negras. Además, todos los días usaba alguno los gardelianos que mandaba a traer desde la sombrerería San Miguel de Bogotá.

Mario fue a la biblioteca de la universidad a dormir un poco y le pidió a uno de los bibliotecarios, de nombre Octavio, que lo despertara a la una de la tarde. Era un hombre alto, de cabello plateado, con gafas gruesas de pasta negra, y un gran conocedor de la literatura medieval. Cuando estaba sin su característica bata blanca que tenía el escudo de la UdeA en el pectoral izquierdo, se confundía con algún gran catedrático proveniente del extranjero, pues siempre vestía de traje de paño y sombrero. En ocasiones informales, se ponía el sombrero blanco típico de los cafeteros paisas. A la una en punto, don Octavio despertó a Mario, y este se dirigió a la oficina del profesor Pedro Hernández, que ya lo esperaba.

—Ala, lo del presidente Roldán quedó muy bien, ya lo mandé para que sea publicado en el periódico de la universidad —suspiró—, pero lo que más me llamó la atención fue su análisis sobre el texto de Erasmo.

Mario se quedó mirándolo esperando a que le mencionara qué le parecía tan llamativo de su trabajo. El profesor Hernández prosiguió.

—Es bastante curioso ver cómo usted, a partir de la parte “sai-tírica” del texto, de las premisas de la necesidad y de la demencia

como principal característica que necesita el hombre para alcanzar la verdadera felicidad, puede desarrollar toda clase de ideas y aterrizarlas a la realidad colombiana. Aunque, cabe aclarar, la demencia no es el único camino para alcanzarla, también se puede lograr este objetivo conociéndose a sí mismo.

—¿Conocerse a sí mismo?, ¿eso cómo se logra? —preguntó Mario.

—Leyendo, escuchando, pintando. En realidad, esto se puede hacer prácticamente por medio de casi cualquier actividad, pero creo yo que la mejor manera es viajando.

El profesor le entregó el análisis a Mario, quien, al recibirlo, recordó la conversación que había tenido con Humberto. Con ello dándole vueltas en la cabeza, le preguntó al profesor cómo era su natal Bogotá.

—Es bellísima, bohemia, grande, moderna, con calles grandes, con automóviles increíbles, con un tranvía envidiable, con grandes buses, con carretas arrastradas por caballos y, ante todo —dijo con orgullo— con un vestigio del glorioso Partido Liberal.

—Quiero conocer Bogotá —dijo Mario.

El profesor Hernández le dio dos textos para que siguiera leyendo, uno de ellos era un ensayo de Enrico Ferri.

Pasaron unas semanas cuando en plena clase de Derecho Civil el profesor Hernández mandó a llamar a Mario a su oficina. Cuando Mario llegó, el profesor Hernández le preguntó si estaba interesado en viajar a Bogotá a mediados de abril para cubrir la Novena Conferencia Panamericana que iniciaba el 30 de marzo.

—Claro que sí —dijo de inmediato Mario y salió a empacar sus maletas con la misma velocidad con que días antes había ido a buscar el libro que le habían obsequiado.

Llegó a su casa y les contó a sus padres del viaje. Ellos lo apoyaron sin dudar, pues decían que lo que uno tiene que hacer de joven es acumular experiencias. Su padre le dio un poco de dinero para los gastos y su madre le metió en el bolsillo de su gabardina el rosario de plata que había heredado. El segundo lunes de abril a las 10:30 Mario salió de su casa rumbo al aeropuerto y tomó el avión a las doce del mediodía.

Al llegar a Bogotá, vio varias fuentes de humo negro pero no le dio mucha importancia. Lo recibió el auto que la universidad había alquilado para que se pudiera movilizar por la ciudad. En cierto punto de la vía, la muchedumbre lo hizo bajar del auto y seguir a pie. Entre más se adentraba en el centro de la ciudad en búsqueda del Hotel Granada, más iba encontrando una ciudad completamente distinta a la que le describió su maestro: en vez de ver automóviles, buses y carretas en las calles de la ciudad, encontró grandes manchas de sangre y en ciertos casos cadáveres frescos de personas. Pero lo que más curiosidad le causó fue la gran cantidad de trapos rojos colgados por todas partes. Intuyó que era en conmemoración a la Novena Conferencia Panamericana que se celebraba en el Congreso de la República. Unos minutos más tarde, comenzaron a sonar las balaceras, la Policía le repartía fusiles a la población, las personas robaban las tiendas con los machetes, el Ejército comenzó a disparar a diestra y siniestra. Mario, muy asustado y confundido, se tuvo que refugiar detrás de unas bancas mientras escuchaba gritos de una muchedumbre que decía: ¡Al palacio! ¡Al palacio

de Nariño contra la oligarquía! Y se escuchaba un radio que decía: “Aló, aló, fuerzas izquierdistas liberales de Colombia: se han levantado todas las divisiones en la capital de la República a favor del Movimiento Revolucionario”. Una cuadra más adelante un hombre con peinilla en mano lo llamó para que se refugiara en su auto. Mario corrió dejando tirado su equipaje y le preguntó a aquel gentil cachaco qué estaba sucediendo en su ciudad.

—Inició la revolución —respondió mientras guardaba la peinilla en su cubierta y sacaba un revólver de su bléiser—, nos estamos alistando para tomarnos el Palacio de Nariño y hasta la policía nos está apoyando.

—¿Cómo así? —dijo Mario—. ¿Luego que carajos pasó?

—Chino, pues que acaban de matar a Jorge Eliécer Gaitán.

A Mario le pasó un frío por la espalda se quedó tieso ante las palabras del hombre, lo miró a los ojos y de un momento a otro, como ya se le había vuelto costumbre, salió corriendo de la desesperación en dirección al aeropuerto, hasta que los militares lo obligaron a devolverse. Luego llegó a la Avenida Real, el epicentro de los disturbios, y siguió andando en busca del Hotel Granada, en el cual había hecho la reservación. Después de una larga caminata lo encontró, quedaba justo frente a la oficina del caudillo y, por lo que decían varias personas, este se dirigía a almorzar en ese hotel con un grupo de amigos cuando le disparó tres veces un joven llamado Juan Roa. El homicida había logrado escapar a la Droguería Granada.

Al ver semejante destrucción, a Mario le entró curiosidad y decidió ir a ver a la muchedumbre que intentaba romper las

rejas de la droguería para sacar al asesino del caudillo liberal. Luego de un poco de forcejeo más, lograron tumbar las rejas y sacar a Roa Sierra que lloraba. Extrañamente no pedía piedad por su vida.

Los más enojados fueron los embaladores que, tomaron sus cajas y golpearon a Roa hasta matarlo, para luego desnudarlo y alzarlo como símbolo de la revolución liberal que se levantó. Las Fuerzas Militares empezaron a replegar a quienes se acercaran a la Casa de Nariño o al Congreso, hasta que llegaron cientos de personas con trapos rojos, que superaban cien a uno a los militares que defendían las edificaciones institucionales. Detrás de esa muchedumbre y al lado de Mario iban dos tanquetas del Ejército con trapos rojos en sus cañones que le pedían paso a la multitud para liderar el ataque. Las personas hicieron caso y las dejaron pasar, pero justo en el momento en que llegaron a estar delante de toda el gentío liberal, giraron sus cañones y siguieron con la carnicería que marcaría ese 9 de abril. Mario, que estaba al final de la marcha, logró huir ileso, pero aún se sentía inseguro, por lo que tomó como arma un pequeño palo con clavos que encontró tirado en la calle primera y la ocultó bajo la gabardina negra que llevaba puesta. Cuando empezó a anochecer, también cayó un gran aguacero. Mario fue al Hotel Granada a dormir, pero no le permitieron entrar por cuestiones de seguridad de los diplomáticos que venían a la Conferencia Panamericana y que se hospedaban en ese hotel. Mario salió de la recepción y un joven estudiante de Derecho de la Universidad Nacional, que lo había estado observando hace un buen rato, le ofreció que fuera a su casa para que llamara telefónicamente a alguien en Medellín que lo pudiera ayudar.

Mario aceptó el ofrecimiento y llamó a la universidad para que le dieran el número del profesor Hernando, pero le dijeron que no lo tenían. Por esta razón, Mario decidió pedir el teléfono de don Octavio. Sin embargo, este no le contestó, quizá por la conmoción que también se debía estar viviendo en Medellín. Mientras le insistía, una vez más se fijó en un curioso libro que aquel estudiante tenía en el escritorio, *La metamorfosis* de Franz Kafka, al lado un escrito titulado *La tercera resignación*.

Mario, afligido por la soledad que sentía de estar en una ciudad desconocida que parecía un campo de guerra, decidió irse del apartamento de aquel estudiante no sin antes agradecerle por la llamada. Pasó la noche en las ruinas de la Gobernación de Cundinamarca junto a un grupo de conservadores que se escondían por temor a la arremetida de los liberales en su contra, al culparlos del asesinato.

Al día siguiente Mario despertó al lado de dos niños que se encontraban con los godos. El resto del grupo que dormía junto a él se había ido hacia las cuatro de la mañana, huyendo de la luz del día que los hacía más vulnerables a las balas de los gaitanistas. Mario despertó a los niños. Sus nombres eran José Rómulo y Eliodoro. Mario los convenció de que lo acompañaran al aeropuerto, pero a menos de mitad de camino se veía un hombre calvo, con barba y con un traje reconocible por todos los que habían llegado a tener clase con él. Al ver a su estudiante, el profesor Hernández sintió otra vez paz en su corazón, pues se sentía culpable por lo que le sucediera en Bogotá. Mario aún tenía una mirada perdida que mostraba la tristeza que le producía la muerte del que “a leguas sería el próximo presidente de Colombia”.

Los cuatro volvieron al Hotel Granada en donde el profesor Hernández sacó una pequeña libreta roja y pidió prestado el teléfono de la recepción para llamar a uno de sus tantos amigos políticos del Partido Liberal.

—Vamos al Palacio de San Carlos —murmuró el profesor—, allí me esperan para reunirme con el presidente Mariano Ospina Pérez, con la cúpula del Partido Conservador y con lo que queda del Partido Liberal. Los niños se quedan aquí.

Uno de los encargados de la recepción llevó a José Rómulo y Eliodoro a una de las habitaciones del hotel. Mario no le dijo nada al profesor mientras este salía a la *carrera real* y caminaba hacia el sur sin decir nada. Frente a la droguería de donde sacaron a Roa Sierra a la fuerza se comenzaron a ver los tumultos de fallecidos que daban la percepción de que los muertos se tomaban la ciudad.

El profesor paró por unos minutos, sacó su pipa y comenzó a fumar sin decir ni una sola palabra. Cuando llegaron al Palacio de San Carlos, los requisaron los militares de la Guardia Presidencial. Los mismos militares pensaron en arrestar a Mario cuando le sacaron del gabán el palo con clavos, pero desistieron de la idea cuando el profesor saludó a uno de los liberales que ya se encontraba dentro del Palacio preparado para la reunión con el presidente y todos los representantes políticos citados.

En Bogotá aún se escuchaban tiros. Ni los campanarios de la Catedral se salvaron de participar en ese campo de guerra, pues en ellos se hacían francotiradores del Ejército que tenían la tarea de disparar contra los que se acercaran al Palacio o

contra los que los atacaran. Estas disposiciones nunca las siguieron, disparaban a quienes se les viniera en gana.

Los militares que protegían al presidente le ordenaron a Mario y al profesor Hernando que los siguieran a donde se llevaría a cabo la reunión. Ellos, sin chistar palabra, obedecieron. Uno a uno fueron llegando los convocados, hasta que, al cabo de una hora de que hubieran llegado todos, entró el presidente Ospina Pérez y fue dándole la mano en forma de saludo a cada uno de los que se encontraba en el salón.

Cuando le tocó el turno al profesor de ser saludado, se sintió tensión en todo el salón. Parecía que el profesor fuera jefe de Estado de otra nación con la que Colombia se encontrara en guerra milenaria. La reunión duró cinco horas. En ella se acordó que cada uno de los partidos apaciguaría a sus seguidores para que se pudiera continuar la Cumbre Panamericana con total normalidad. Además, el presidente Ospina Pérez se comprometió a hallar a los verdaderos culpables del magnicidio de Gaitán con la ayuda de sus amigos especialistas en esos temas. Todos se despidieron cortésmente excepto el presidente y el profesor.

Entre los liberales se hicieron una seña que todos entendieron y salieron uno a uno en dirección a la sala de reuniones del Hotel Continental donde acordaron que el profesor Hernando Hernández sería el encargado de investigar el asesinato. Cuando terminó la reunión liberal, el profesor y Mario salieron del hotel para calmar la curiosidad que les despertaba conocer las ruinas. Caminaron varias cuadras reviviendo el sonido de las balas que habían acabado con Gaitán cuando vieron cómo caía sin vida el profesor Hernando Hernández víctima del fusil de uno de los militares.

El estudiante de Derecho paisa, desconcertado, con la cara bañada en sangre del profesor Hernando Hernández, buscó debajo de su gabardina el palo con clavos para intentar defender al profesor del asesino, pero lo único que encontró en su ropa fue el rosario de plata que su madre le había dado. Tomó en sus manos el rosario en el instante en que el mismo militar terminaba con su vida disparándole con el fusil en la cabeza.



CONTEMPLACIONES FINALES

CAMILA ANDREA CONTRERAS QUINTERO



Sophie, una anciana de 80 años, se encuentra sentada en su cómodo sillón de anchos brazos, al lado de la gran ventana de su habitación, donde todos los días, a esa misma hora, al atardecer, le gustaba ponerse a pensar en su día, en las conversaciones que había sostenido —si las lograba recordar a cabalidad— y en las decisiones que había tomado para acabar en ese lugar.

En general, consideraba que había tenido una buena vida. Claro, después de salir relativamente intacta (¡vaya milagro!) de Auschwitz, de ese Campo de Exterminio, luego de que se declarara el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Para ese tiempo, Sophie tenía 20 años y había quedado completamente sola en el mundo, pues toda su familia había perecido, por diferentes razones, en aquel campo.

Recordaba con gran exactitud la muerte de su madre, seis meses antes de su liberación.

Era un día oscuro, lluvioso y con fuertes truenos. Como era costumbre, unos soldados entraron en el gran recinto, dando grandes zancadas para evitar tocar los cuerpos de aquellas mujeres que habían perdido las fuerzas durante la noche. Tocando sus grandes silbatos con autoridad y con fuertes voces, indicaban que era hora de despertar, "¡desgraciadas sabandijas!".

Su madre había estado un poco enferma y decaída los últimos días, pues el alimento escaseaba y los medicamentos eran solo para aquellos que pudieran aportar algo, tuvieran estudios en medicina o enseñanza o hubieran trabajado en fábricas. El único fin era ser útiles para la construcción masiva de armas; sin embargo, para mujeres como su madre, que a duras penas sabía hablar alemán, no había nada que pudieran hacer. A pesar de ello, Sophie la ayudó a levantar, pues era mejor hacerles caso que "hacerse el perezoso" y hacer que te llevaran a la cámara, donde nadie te volvía a ver jamás.

Ese día, los soldados decidieron que ellas debían hacer más grande la trinchera donde depositaban todos los cadáveres cada mañana. Era un trabajo arduo, pues implicaba hacer a un lado

algunos cuerpos para poder excavar un poco más a fondo. Como era habitual, les daban solo un trozo de tela sucio con el cual debían cubrir su nariz y boca para no contagiarse de alguna enfermedad —como si no fueran suficientes las que ya padecían— al trabajar con seres sin vida. De esta forma, pusieron manos a la obra.

Como era de esperar, su madre trabajaba más lento de lo normal, lo cual llamó la atención de un soldado que estaba obsesionado con ella.

—Eh, usted, la número 504 —gritó aquel soldado, entre risas de sus compañeros— ¿Es que piensa que está trabajando por beneficencia o qué le sucede? —Se acercó unos pasos, con esa desagradable arma entre las manos.

Su madre volteó con calma, despacio, mirando a Sophie directamente a los ojos, y dijo:

—Perdóname por lo que voy a hacer. Pero ya no puedo. Tú sí. Sal adelante.

En ese momento las palabras de su madre le resultaron completamente extrañas, incomprensibles. ¿Por qué diría algo así? Su madre, una mujer fuerte y valiente de corazón, en aquel momento parecía una chiquilla perdida que necesitaba ayuda.

Antes de que ella pudiera reaccionar, vio cómo su madre se giraba hacia aquel soldado, daba unos cuantos pasos decididos, aún con la pala en la mano, y le gritaba con la voz temblorosa —no sabía si de ira, de valentía, de fatiga o de frío—.

— ¡Sí! Trabajo por beneficencia. Le ruego a mi Dios que, por mi arduo trabajo, logre perdonar todos mis pecados y pueda tener un espacio privilegiado en el cielo —decía mientras de a

poco alzaba la mano con la pala en ella—. ¿Trabajo por beneficencia? ¡Sí!, por todos ustedes, almas desgraciadas, almas ennegrecidas por el odio, almas rotas por el rencor. Quizá en otro momento Dios los pueda perdonar, pero yo en este momento, ¡no puedo!

Y, con esto último, su madre, con las últimas fuerzas que le quedaban, le dio un gran golpe en la cabeza a ese soldado. Inmediatamente unos fuertes ruidos cayeron sobre ella.

Todo lo recordaba como en cámara lenta, como si por un momento el mundo se hubiera detenido, como para rendirle tributo a ese gran acto de valentía —¿o estupidez?, aún no estaba segura— que había realizado su madre.

Los demás soldados habían disparado dos, cinco, siete veces sin compasión sobre su cuerpo ya inerte sobre el suelo.

Sophie, por unos pocos segundos, no supo cómo reaccionar. Por fin entendía aquellas palabras de su madre. Ver su cuerpo completamente desfigurado en el frío suelo, con su sangre corriéndole alrededor, fue una escena que la transformó para siempre. De alguna extraña manera pudo sentir cómo se le rompía el corazón... cómo se le quebraba el alma.

Luego de que terminaran los estridentes sonidos de los disparos, ella corrió para ver a su madre. Nada que hacer. Había muerto. A su vez, los demás soldados hicieron lo mismo con el otro soldado. El golpe de su madre había sido tan fuerte y contundente que este también había muerto.

De ahí en adelante, los seis meses que le quedaban en aquel campo fueron —si aún se podía más— una tortura. Los demás soldados ahora la llamaban “Hija de escoria”, le daban los

trabajos más fuertes; si antes casi no comía, ahora no lo hacía en absoluto. En esos seis meses realmente conoció el infierno.

También supo que había quedado completamente sola, pues le informaron —por puro morbo de los soldados al ver su gran desgracia— que su padre se había suicidado al enterarse de la muerte de su esposa y, supuestamente, de la misma Sophie; que había dejado un pequeño mensaje en las tablas de su cama que decía: “Sin mis dos mujeres, no soy hombre para vivir”. De sus dos primas mayores, se vino a enterar después que, “por rebeldes”, las habían llevado a la cámara.

Y así, de un momento a otro, en un lapso de seis meses, se habían llevado a toda su familia. Había quedado completamente sola.

A pesar de ello, luego de que se hiciera público el fin de la guerra, luego de que pudiera por fin de nuevo ser libre y por la promesa que le había hecho a su madre de seguir sus últimas palabras —de salir adelante—, hizo hasta lo imposible por continuar con su vida.

Luego fue bastante complicado pues, obviamente, era imprescindible abandonar los territorios polacos, dejar aquellos sentimientos de odio, decepción y rencor en esas frías tierras. Así, decidió emigrar a Estados Unidos, específicamente a Miami Beach, pues, según se enteró, allí iban gran parte de los recién liberados.

Luego de un arduo trabajo y superar varios episodios de depresión, en su trabajo de secretaria pudo conocer a lo que sería el gran y único amor de su vida. Simón, un simpático joven, de gran sentido del humor, liderazgo y caballerosidad, logró llenar

de amor y comprensión el solitario corazón de Sophie.

Fruto de su amor, nacieron dos bellos hijos: Nathalie y Tommy. Ella era ahora una gran abogada con una hija de cinco años —¡su nieta! ¿quién lo iba a pensar?, ¿quién iba a creer que, después de todo, ella lograría sobrevivir hasta tener nietos? ¡Increíble!—, miembro de la firma de abogados más exitosa de todo el estado. Él, Tommy, un gran médico que, inspirado por la vida de su madre, decidió tomarse a pecho la responsabilidad social que su profesión le exigía y ahora era un médico reconocido por las fundaciones de salud en pro de los derechos de los más vulnerables o los hijos de los sobrevivientes de esta guerra.

En adelante, como todas las familias, su vida estuvo llena de amor, planes, risas y un futuro prometedor.

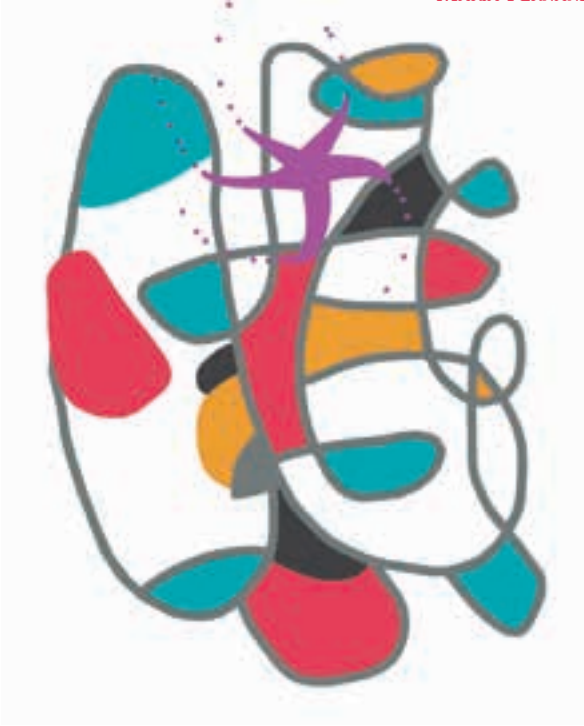
Ahora, con 80 años y viendo a su marido al frente leyendo uno de sus libros favoritos, era hora de realizar las contemplaciones finales a su vida. Estaba feliz. Estaba satisfecha. No le podía pedir más a la vida en ese momento.

—Salí adelante, mamá... —dijo mientras cerraba sus ojos con calma, y con una bella sonrisa en el rostro soltó su último aliento.



PASILLOS

MARÍA FERNANDA VALBUENA MARTÍN



De repente abrí los ojos, y ella estaba ahí. Tenue, serena y maravillosa, como la recuerda perfectamente mi memoria. Aún no tengo la conciencia suficiente de saber si estoy despierto o sigo dentro del mismo sueño de ayer. De lo que sí estoy realmente seguro es de esa luz penetrante que entra por aquel rincón, el mismo rincón donde la admiré tantas

veces. El mismo en el que ella me amó tantas otras. Esa luz, ese mismo azul destellado que entraba por aquella ventana cuando ella me abrazaba.

Vuelvo a sentir mi temperatura promedio y, por instantes muy breves, percibo que la realidad es la que reside en esta habitación, y no simplemente mis recuerdos desbordados de imaginación.

Mi memoria la recuerda, la recuerda en cada instante, cada preciso instante. Muchos podrán llamarlo compulsión, yo lo llamo fuerza y valentía. Créanme, no es fácil recordar a quien no se puede palpar. En mi opinión, eso es de valientes y los valientes no le temen al recuerdo.

O mejor aún, ¿en qué momentos la recuerdo y recuerdo quién era yo con ella? Es angustiante el simple hecho de recordar que ya no la tengo, gracias a lo que yo era.

Bastará decir que soy Juan Esteban Castel y que esta es una de esas viejas historias que se guardan como un tesoro en la memoria, pero que en muy pocas ocasiones se relatan por lo desbordantes que fueron en la vida y, sobre todo, por las secuelas que dejaron en el alma.

No espero ni me interesa que me recuerden, aunque ni el diablo sabe qué es lo que ha de recordar la gente ni por qué. Soy poeta hace 18 años, mejor dicho, me dedico a ese viejo oficio del arte.

Nunca he estado de acuerdo con las masas, los pensamientos futuristas o la utopía.

Las personas suelen decir “todo tiempo pasado fue mejor”. Yo creo que no significa que antes sucedieran menos cosas malas, sino que felizmente las personas las echan al olvido.

¿Monotonía?, ¡claro!, esa es la condición más desfavorable para el ser humano, pero de la cual se acostumbra y se adapta más fácilmente. Las personas no se percatan de lo perturbadora y desolada que llega a ser la vida, de lo frío y poco relevante que resulta vivir y de lo miserables que los seres humanos llegan a ser.

Gracias a la monotonía me encuentro en esta habitación. Mejor dicho, en cuatro paredes que devoraron la profundidad de mis escritos, se llevaron la pasión por la vida y me arrancaron lentamente lo único que me hacía despertar.

En mi mano derecha sostengo una grabadora de voz, desgastada ya por los años, y en mi mano izquierda, un viejo libro con el que aprendí a escribir poesía, pero no cualquier poesía, sino la pura, la sincera y franca para un escritor. Siempre he creído que un buen libro tiene que sacudir la vida del lector, tiene que penetrar su cráneo eficaz y volátilmente, debe generar ansiedad en cada letra, cada párrafo y, finalmente, dependencia por más. Llamémoslo adicción.

Mi oficio de poeta me llevó a conocer mi verdadera adicción, me llevó a encontrar el libro que me rompió el cráneo y el que lo sigue haciendo cada instante de mi vida, así ya no lo pueda palpar. Mi poesía me llevó a acercarme a tantos de mis escritos, al dolor.

El problema radica en que todo momento doloroso viene acompañado de un ser extraordinario que nos revolcó la vida, el alma, los sueños y hasta los sentidos, regalándonos así una felicidad inimaginable, tan inimaginable que en este instante es improbable que pueda continuar sin ella. Se me hace imposible

vivir sin la fuerza que me regala el recuerdo de aquella mujer que tiene el poder de reconstruirme una y otra vez.

El 25 de abril de 2013 presenté mi quinto libro de poesía titulado *Antología para cobardes*, en la librería central de Santiago de Chile. Era por el estilo de muchos anteriores, aclamado por los lectores y con excelentes críticas. En fin, tenía la aprobación de esos charlatanes que siempre encontraban ideas interesantes en mis escritos.

Aquel día me encontraba conversando cuando por un instante en el segundo piso de la librería, a la izquierda, cerca de una ventanita, se veía una pequeña mujer intentando saber más, inquieta por su impaciencia. Era una mujer que miraba esperando algo más, para mí una soledad ansiosa y absoluta. Aquella única mujer que observaba mi libro como algo imperdible e insólito, la única que no esperaba dar un buen comentario. En fin, la única que lograba entenderme.

Fui a buscarla, ella no sabía quien era yo, en realidad creo que no entendía exactamente que hacía en ese lugar.

—¿Le interesa la poesía?— pregunté.

No obstante, ella se volteó con delicadeza y me respondió afirmativamente. Al mirarme se sonrojó y me sonrió suavemente. De eso hace 5 años.

—¿Monotonía? Mierda, sí. Pero no de aquellos grandes ojos negros, de aquella intensidad que me desvelaba.

En aquella librería, ese 25 de abril, encontré mi adicción, mi felicidad y desgracia en una sola mujer.

Un, dos, tres, tic, tac, tic, tac... Suena en la distancia aquel reloj antiguo que hace varias noches no me deja dormir, suena *Place de la République* y cada instante me devuelve su recuerdo.

Al abrir los ojos, los párpados duelen, algunas veces pesan más de lo debido. En algunas ocasiones creo que el despertar es un estado doloroso para el ser humano, volver de un letargo que ha sido confortable y que ha dejado atrás la realidad para hacer de la fantasía su mejor amiga.

Cuatro, cinco, seis, tic, tac, tic, tac... Es hora de despertar definitivamente, volver a la realidad.

Antes de comenzar, repaso el poema que le he escrito una y otra vez.

—Lo nuestro duró trece poemas, trescientos besos, treinta y tres miradas pervertidas, tres te quiero.

Termino a las seis de la mañana.

Parecía la crónica de una muerte anunciada, pero sé que te gustan mis grandes ojos negros.

El café y mis poemas.

Por eso seguiré escribiendo hasta que digas mi nombre.

Ven conmigo a este desierto, déjate llevar, lléname de besos.

Enfoca mi boca en tus ojos benditos, róbame el agua, manos criminales.

Voy a secuestrarte con mis caricias, llevarte al no futuro donde preguntes confundido entre gemidos y temblores.

Siete, ocho, nueve...

Escapar por un instante de las frías calles capitalinas, recordar a un viejo rostro y llevarlo por diferentes pasajes para sentirme cómodo.

Me pregunto: ¿mis manos cuántos cuerpos han tocado? ¿Cuántas veces toque su suave piel, sus piernas y sus nalgas? La sensación que produce su calor en mi piel. Ahhh, ¡¡qué maravilla!!

Mis manos la descubrieron, la penetraron y la revelaron. Esto me hace recordar las sombras de mis manos y la sombra de su figura, sus manos tocando las mías. Mis manos acarician-do su rostro.

De repente llega a mi memoria la sombra de su cabello lar-go y liso. El sol que entra ahora por aquella ventana combina perfectamente con su rostro.

Sus ojos, ese abismo del cual no he podido salir, los recuer-do en todos los rostros que veo pasar, en la vendedora, la pros-tituta y la mujer que pasa todos los días a las 6 de la tarde al frente de mi balcón. La veo caminar y recuerdo los pasos que me conducían todos los miércoles hacia ella.

En algunas ocasiones, muy pocas en la vida, presentes que no podrás vivir sin una persona que ni siquiera conoces y si-gues unos ojos negros que no podrás dejar de ver. Para ser sin-ceros, creo que me estoy volviendo loco.

Me termino de despertar, lo sé, porque mi temperatura vuel-ve a su normalidad, escucho y percibo todo lo que pasa detrás

del ventanal, vuelvo a ser consciente de la realidad. Recuerdo los pasillos del hospital.

En un hospital psiquiátrico todos los pasillos son la misma mierda, la misma desolación y miseria humana.

Es 10 de abril del 2018, el doctor acabó de hacer revisión de pasillo, la enfermera que pasa todos los días a las 3, 6 y 8 pasó por primera vez. Al menos hoy se le ve bien, y es la única que no detesta este lugar.

—Señor Castel, su medicación.

—¿Medicación? Siguen creyendo que esa basura me sirve, siguen creyendo que no soy razonable, siguen creyendo que es una locura.

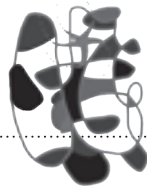
No logro entender cómo pueden creer que eres una fantasía, no logro imaginar cómo te atribuyen a una enfermedad.

Dígame. ¿Cómo puede ser posible que imagine a alguien que no existe, pero ha sido mi única compañía durante años?

Al final del día te he imaginado tantas veces que no sé si es el dictamen médico el que genera revolución en mí o simplemente si te conocí alguna vez. En cada pasillo de este hospital te observo, te imagino. ¿Cómo no puede ser real? ¿Acaso solo es real lo que todos ven?

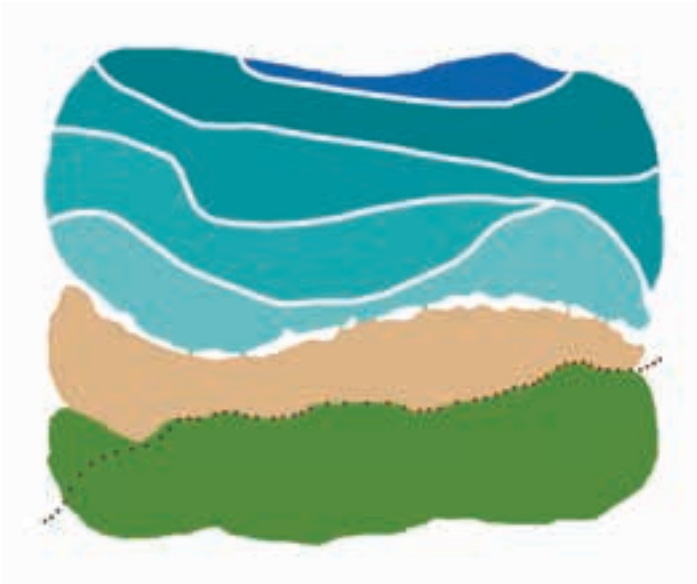
Ellos le llaman esquizofrenia, yo le llamo vida.

La vida que tú me regalaste.



EL MAR Y SU SOMBRA*

RAÚL ALEXANDER MURCIA BARÓN



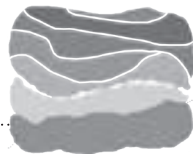
Y florece el día con el arribo a los manglares. El aire tibio purifica los pulmones de Alirio mientras la piragua en la que viaja vadea con lentitud ascética y se aproxima al estrecho que lleva a Playa Blanca. Alirio toca la superficie

.....
* Finalista del XXV Concurso Nacional de Minicuento "Rodrigo Díaz Castañeda" (2015).

del agua con las manos, reclina la cabeza sudorosa y los ojos se le introducen en el pensamiento para ver fragmentos de su trabajo en el supermercado: las frutas cayendo al piso, las bodegas infestadas de cucarachas, el traqueteo de las galletas y las gaseosas y los empujones en las filas de las cajas. La piragua alcanza la orilla y Alirio camina algunas horas entre enredaderas y bromelias hasta que el sonido del mar le cierra el paso. Mira hacia atrás y observa que en medio de la espesura ningún árbol proyecta sombra. Al llegar a Playa Blanca levanta un campamento precario y se sienta a contemplar la llegada del mediodía. Después de un rato se pone de pie, hace algunos huecos en la arena y los marca de diferentes formas. Mientras cava, recuerda que todos los días, al salir del supermercado, solía frecuentar la plaza del pueblo para jugar parqués y dominó, chupar helado de coco o salpicón y comer tomate con azúcar. Frente al mar, evoca sus épicas victorias con el doble seis y los largos sufrimientos por la espera del número uno en los dados. Con un palo pesado intenta meter algunos cocos en los agujeros. Sonríe.

Atardece y la brisa nocturna cruza hasta la selva, hace que las ramas crujan y despierta a las cigarras. Alirio susurra con sus labios gruesos lo que él cree que desde lejos le cuentan las garzas y los árboles, luego se queda callado y contempla a una hilera de hormigas que bordean el límite entre la selva y la playa. Algunas hormigas marchan acompasadas llevando pedazos de frutas y hojas, otras se abalanzan sobre la fila ordenada perturbando el orden y un pequeño grupo lleva trozos enormes de madera seca e insectos muertos. Por la mente de Alirio vuelve a pasar el ruido inagotable del supermercado, un pensamiento que le llega al paso inaudible de la hormiga. Suspira.

Entrada la noche, se desnuda y se lanza al mar, bracea sin hacer ruido, el movimiento de los pies apenas si acaricia la superficie. Se detiene y aprecia las estrellas que se reflejan en el mar rizado, se deja hundir un poco, ondula al ritmo de las algas, casi sin ganas, hacia la profundidad. Cae despacio, su cuerpo se enfría, los espasmos del diafragma y el estómago son cada vez más pausados. Exhala. Siente el ritmo regular de los corales y las olas. Al fin, la oscuridad silencia el coral y el mar se hace sombra. Sonríe.





AJENJO

JUSTINE VALENTINA BÁEZ

I

Miro cómo caen las hojas.
Todas vuelan con el viento
y los árboles inmóviles, intactos,
permanecen ante tal espectáculo.
Austeros, como si no se percataran.
Ahora, yo quisiera ser como los árboles,
dejar caer mis hojas sin importarme
a dónde las lleva el viento.
Inmóvil y hermosa, sabia y creciendo,
aún con las raíces profundas.
Insospechada, tranquila, plena.
Pero, ¿qué sucede?

Ahora, en tempestad leve o fuerte,
me desmorono sin poder hacer nada.
Impotente y frustrada,
me entrego a la desesperanza,
me apiado de mí, con tristeza me cobijo
como si fuese yo un ser incapaz de vivir.
Adusta, me he inmaculado.
Con una necedad similar a la agnición
de mí misma.
Quiero precipitarme en la obra de mi vida,
hallar pronto la anagnórisis en mi libreto.
Liberarme, ser yo, sin miedo.

II

Soledad.
Es la perspectiva que ronda mi habitación.
Un auspicio de algo que se perdió
en un corazón que se hizo paupérrimo
para poder elegir entre sangre o amor.
Soledad.
Un sinfín de pensamientos
que suplican ser sepultados
en las oscuras habitaciones
de un sueño que jamás pasó.

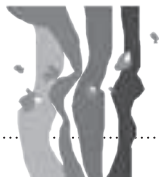
Soledad.

Mi terrorífica y fiel amiga
que me susurra, a veces grita,
que olvide al fin la imposibilidad.
Mi ser incauto jamás amaré.

III

Como suave roce de un fino lienzo,
cierro mis ojos y te siento.
Son tus manos que me regresan al baile
y en tus ojos los destellos de un ángel.
La gravedad se deteriora entre nosotros.
Eres su milagro, solo para mí, para vivir.
En el último aliento, como un cuento de hadas,
un idilio nace en un universo aparte.
Mira las estrellas, aparecen en el vespertino cielo.
¡Es un absurdo y todavía no llega la luna!
Me miras y me dices que no sabes de poesía,
pero que te encanta cómo te escribo
susurros en el alma.
Te veo venir y ya no existe nada, ni el ruido,
ni el llanto, ni la desesperanza.
Desnudas mis miedos, tocas mi alma helada y
eres tan infinito que no te importa quemarte.

Tu tacto disuelve lo fatídico,
es la pasión que arde.
Cuando te veo es que entiendo lo que no quiero,
no quiero que te quedes esclavo del sentimiento.
Quiero que vivas usando tus alas,
que veas que el mundo te queda pequeño,
porque contigo soy, simplemente soy,
no tengo que encender las luces
para que logres saberlo.
¿Quién, si no tú, podría verlo?
No quiero que pienses que debes quedarte,
que sientas miedo de quebrarme el vuelo,
quiero que cada día elijas mis besos
aunque hayan un montón, por ahí sueltos.
El secreto de tus ojos me basta toda una vida,
en tus ojos se cuentan todos los sueños,
basta mirarlos para vivir sin miedo.
La evaporación de mis penas conduce siempre a
tus labios,
y la poesía no basta para decirte que siento más
que un te amo.



POEMAS DE AMOR

ERIKA DANIELA OROZCO GÓMEZ



LAS ETAPAS DE UN AMOR (los pasos pueden variar según la historia)

Es normal sentirnos quebrados, derrotados después del término de un amor que creíamos que podía ser eterno, duradero, que podía ser para siempre. Pero seamos realistas, mientras se es joven, se comete este error tan comúnmente que cada vez nos hacemos más sabios, más fuertes y menos

inocentes y crédulos, es una etapa necesaria aunque un tanto difícil de afrontar. La buena noticia es que con cada decepción que superamos victoriosos, o tal vez no tanto, estamos cada vez más cerca del amor de verdad, solo es cuestión de tener paciencia y seguir adelante.

A continuación, querido lector, encontrarás aquellos pasos con los cuales puedas sentirte identificado, o tal vez simplemente conoces a alguien que ha pasado por ellos y ahora afortunadamente es feliz o está por lograrlo. Y empezamos...

¿UNA PARTIDA?

Y de repente, algo en mí se rompió.

¿La ilusión, la esperanza de una historia
o tal vez fue el amor?

No sé con certeza lo que fue,
pero sí que se hacía presente
en mí día a día, en este presente.

No sabría cómo describirlo,
era más que un vacío.

Pero sabía que algo en mí ya se había ido,
no sé si era un alguien o una parte de mí.

Pero aun así, seguramente debía de
seguir fuerte, buscando aquel pedazo
que sin saberlo había desaparecido de aquí.

Pues bien, después de este tormentoso evento,

solo queda aguardar, reflexionar y disfrutar de tu existencia, pero solo tú tienes el poder de decidir cómo se desarrollará el siguiente paso.

LA SOLEDAD

La soledad es una intuición
del capricho interior que amenaza
con el olvido y la desesperación.
No es del todo mala, ni caótica,
es ella quien te ayuda a descubrirte,
maravillarte e iluminar tu nuevo rumbo.
Es ella quien te lleva a pensar
en todo aquello que nunca
te habías detenido a reflexionar,
a imaginar y a veces solo a crear.
¿Y por qué no? Un poco más de reflexión no
estaría de más.

¿QUÉ ES EL AMOR?

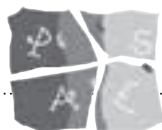
El amor es eso que no ves,
que solo se puede sentir
con los ojos cerrados y
el alma abierta sin pensarlo tanto.
Es una danza sin fin de emociones,

donde tus sueños más profundos
se unen para crear aquel dulce soneto
que en armonía se escucha en el silencio.
Es la unión de un amanecer y un atardecer,
de dos mundos que sin saberlo comparten
un mismo sueño, una misma esperanza.
Es el mirar de un mar de estrellas
de dos amantes secretos en su última
noche de unión.
Es el aliento contenido durante
un gran soneto declamado con ilusión.
Es eso y mucho más, eso y nada más,
es cada pequeña cosa que lo
define y lo hace real.
Después de tanto reflexionar, es hora de salir de
nuevo y darte una nueva oportunidad de creer
una vez más en el amor. Ahora que ya tienes más
claro que sí es, espero que tengas éxitos. ¡Anda,
aventúrate!

PRISIONERO DE LA ETERNIDAD

Algún día seré la princesa
de tu mundo de cristal,
seré la dueña de tu sonrisa,

de tu irradiar, y tú te verás
preso de mis ojos intrigantes
y desearás mis labios palpitantes.
Perdido te verás en un bosque
de felicidad, en un castillo para amar
Y un secreto para guardar.
mi palacio, tu templo,
tu sonrisa, mi amor,
tus ojos coquetos, mi delirio feroz,
Y mis besos serán tu perdición.
¿Acaso hay algo que pueda hacer?
¿Acaso hay algo que pueda perder?
Si te arriesgas a seguir,
podemos hacernos inmensamente felices.



TEJIDOS DEL ALMA

KATTY DAYANNA VALENCIA BANGUERA



DETRÁS DEL SUEÑO

Había estado conteniendo la respiración por miedo a arrebatarte la calma y la tranquilidad que se reflejaban en tu rostro. Te pegaste tanto a mí y acaparaste todo el espacio, —como siempre— me tenías envuelta en tus brazos. —y no solo acaparaste el espacio, estabas también respirando el aire que yo, por miedo a intranquilizarte, había dejado de respirar.

Me preguntaba: ¿qué podías estar soñando?
¿Qué era lo que se quedaba detrás de tus pupilas?
¿Qué era eso que te hacía ver tan en paz y que a mí me perturbaba al tan solo pensar que podía interrumpirte?

He estado dándole vueltas a esas preguntas, mi corazón en momentos como estos ni siquiera quiere latir, tiene miedo, mucho miedo a que seas intranquilizado y descubra yo después, que estoy fuera de la realidad. No puede ser que estés a mi lado y ni siquiera sea real que me estés amando. Amor mío todo eso se queda detrás de mis párpados, cuando abro los ojos y la luz me obliga a entender que todo ha acabado.

¿QUÉ DE LA ROSA SIN LAS ESPINAS?

Con la angustia con que llora la rosa cuando le es arrancada una espina, con esa misma angustia lloro hoy por el amado mío, mi adorada espina. Porque la espina no es siempre mala, no, la espina sirve a la rosa, la protege, sin la espina no florece.

Tú eras mi espina, ¡oh, adorada espina!
que me protegió de ser arrancada de la tierra en la que florecía, me salvaste,
me protegiste del ave de rapiña,
me acompañaste en las tormentas y perpetuaste

el rocío que me refrescaba. No eras el defecto, no,
no serás el defecto.

Fuiste la particularidad que me dio perfección,
serás siempre el dato curioso de mi vida porque
¿qué de bello hay en la rosa sin la espina?
¿qué de la rosa sin las espinas?

Adorada espina:

¿qué de tú sin la rosa?
¿qué de mí sin ti y qué de ti sin mí?
Esa es la angustia que hoy me embarga,
la angustia con la que lloro hoy.

ABRIRSE EN PEDAZOS

Bajo la espesa neblina de este invierno,
mi espíritu ha recorrido las calles y el frío se cuela
por el delgado saco que decido llevar.
Llegan recuerdos raros y vagos de la noche
anterior a mi mente, y la hacen estallar en
pedazos, evitando luego que pueda juntarlos y
logre descifrar qué hago caminando y quién soy.

Un suceso, un solo suceso desgarrador y lleno de
amor que marca el corazón de hasta la más “fría
persona”.

He de admitir en esta noche que te amo, te amo
de la forma más desastrosa y sana, te amo con
cada uno de los pedazos que estallan en mí
cuando te veo llegar, cuando llegas y tomas mi

mano, cuando sin querer o aún queriendo me dices: también te amo.

Te amo aun cuando el frío metal sujetado por tu mano roza mi sien y tú, cual desquiciado me observas, le observas como tratando de grabarme, como si a pesar de ser quien me hará explotar en pedazos, quisieras grabar mi imagen en tu mente y recordarle a tu corazón que me conoce, me conoces.

Suena el estruendo, el dolor agudo traspasa mi corazón. ¿Mi corazón?

Siento el vértigo, estoy cayendo, demasiado lento y tortuoso, en el piso está mi amor, me he abierto en pedazos.

SENTIMIENTOS

¿Has sentido alguna vez cuando tu corazón se está haciendo roca?

¿Has sentido el dolor asfixiante que provoca la falta de perdón?

Experimenté todo tipo de sentimientos cuando te vi, cuando te vi engañarme supe que el mal puede crecer fácil y rápidamente dentro de ti, y que cada día que pasas sin decidirte a aplicar el insecticida que es el perdón, este crece como un agujero incoloro que poco a poco acaba también

con los sentimientos que consideraste alguna vez eran tuyos, eran propios.

La sensación corrió dentro de mí cual tempestad, acabando con los tejados, cual egoísta lluvia opacando el espectáculo del sol, creció en mi corazón como una roca, sentí cómo se construía una pared, una a una se fundamentaron dejándome sin aire.

Y me viste, me viste y sonreíste, sonreíste como si tu proceder fuese adecuado y mi confianza un espejismo. Un espejo que se partió en miles de pedazos.

De la cruel experiencia del odio hoy solo me queda la gratitud del perdón, el bálsamo, el taladro que acabó con las piedras, el eclipse que dio tregua a la lluvia, el buen samaritano que reconstruyó las ruinas, luego de ti no hubo nada, luego de ti no hubo nada qué perder. Abracé el perdón, me llené de fe y no me dejé vencer.

No me dejé vencer porque luego de ti, en mí creció un ser con más poder, un ser fuerte he sido lejos de ti.

LA NOCHE NO ES LA ANALOGÍA DE LA TRISTEZA

La noche no es la analogía de la tristeza y la devastación. Son los años y son nuestras mentes que a todo le buscan una representación.

¿Ves la belleza de la luna?

La luna brilla a pesar de la opaca noche, brilla tan fuerte que es capaz de iluminar la más profunda y azulada oscuridad, pero, ¡qué fácil la tiene el sol!

El sol la tiene muy fácil, el brilla rodeado de luz.

¿Ves la belleza de la noche?

No le busques tristezas, quizás amores perdidos, quizás melancolías y quizás absorción, pero no es devastación.

¿Quién no se halla a sí mismo en la oscuridad de la noche?

La luz en ocasiones brilla tanto, tanto que sega nuestra mente y llegamos a desconocernos, hace falta un poco de oscuridad, de tragedia, para descubrir tu luz y belleza.

No veas a la noche como la analogía de la devastación, sino de la renovación.

FUE EL DESTINO EL QUE NOS UNIÓ

Le he contado a mi corazón estos días en los que ya no está tu amor cómo fue que empezó todo y cómo fue que terminó.

De las veces que el hombre decide que no debe amar son esas donde el destino juega sus cartas para no quedarse atrás, y en compañía del demonio con alas de ángel flecha y parte el

corazón de quien no ha buscado enamorarse, así,
tu amor y el mío se unieron. ¡Qué delirio!

La locura nos guió y pensamos ser eternos.

Pasó el tiempo y la costumbre se pegó cual
sanguijuela, impidiendo el fluir, impidiendo el
paso de aquello que una vez nos llevó al ocaso,
al ocaso de lo eterno.

No eres tú, soy yo, y el amor se terminó, no
estuvo aquel demonio y ni el destino que nos
unió para consolar los corazones que a su paso
él rompió.

Y al final no fuiste tú, no fui yo, fue el destino que
nos unió.





UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Editado por la Universidad Católica de Colombia, en 2019.
Se imprimieron 300 ejemplares sobre papel *book cream* de
55 gramos, en tipografías Advisor SSi de nueve puntos y
Frente H1.

Sapientia aedificavit sibi domum

Bogotá, D. C., Colombia

COLECCIÓN

PRE-TEXTOS

Esta segunda entrega de la colección Pre-Textos recoge no solo la exteriorización de las inquietudes artísticas de la comunidad universitaria, sino una decena de interpretaciones del acontecer cotidiano y de las experiencias metafísicas y estéticas de los estudiantes; interpretaciones que, seguramente, contribuirán a consolidar una construcción subjetiva y permitirán a los lectores ahondar en los nuevos modos de ser y de pensar de toda una época.

Incluye también tres breves poemarios que giran en torno a un solo tema: el amor. Todos ellos aparecen como un juego de espejos en el que cada reflejo nos conduce a una mirada reflexiva, compleja e incluso esotérica, sobre la experiencia, muchas veces simultánea, de amar y olvidar.

